

## RECENSIONES

ALVARO GÓMEZ HURTADO: *La Revolución en América*, Editorial AHR. Barcelona, 1958, 285 págs.

Uno de los temas más apasionantes que suscita el mundo hispanoamericano es el de su propio ser. Averiguar las modalidades y características que determinan el ser hispanoamericano, la fisonomía de su proyección en la historia y la cultura. Por lo mismo es éste uno de los magnos temas que tientan a quien se ha vuelto con atención hacia la realidad de los pueblos hispanoamericanos. La literatura acerca del mismo es abundante, no sólo en libros y artículos dedicados específicamente a esta investigación, sino también en obras de historia del pensamiento y de la cultura, en donde se ha tratado inevitablemente de esta cuestión.

Sin duda, uno de los intentos de profundizar en el ser histórico y cultural de Hispanoamérica más ambiciosos, originales y profundos es el de Alvaro Gómez Hurtado en este libro que aquí examinamos.

Su título puede inducir a confusión. Hablar de revolución refiriéndose a Hispanoamérica parece que es plantearse el tema de la inestabilidad política de los pueblos hispanoamericanos a partir de la Independencia. Y ciertamente que el autor tiene que tocar en el desarrollo de su obra este punto, como algo vinculado o expresión de una realidad más profunda, que es la que a él le interesa. Pero al situarse en un plano más elevado, como es el que corresponde a un filósofo de la historia, no puede detenerse en esto, sino ahondar en la realidad cultural e histórica de los pueblos de la América hispana, para llegar a explicarse las peculiaridades de un fenómeno en el que lo político es solamente un aspecto y no, desde luego, el más esencial.

Por eso, de las tres partes en que el autor ha dividido su obra, nos parece la más importante aquella a la que primero hay que referirse, la segunda, que lleva como título «La revolución».

¿Qué es lo que el autor trata de investigar? Inmediatamente le sale al paso aquello a que nos referimos anteriormente. No podía ser de otra manera, porque en cuanto se espiga en las obras que han tratado del fenómeno hispanoamericano o en aquellas de más amplios contornos dedicadas a la investigación de la filosofía y la historia universal que necesariamente han tenido que rozar la cuestión, es siempre, con escasas excepciones, una misma la interpretación. Así lo reconoce el autor cuando escribe: «La verdad es que para muchos europeos y aun para nosotros mismos, la historia hispanoamericana no ha sido ni sigue siendo sino una cronología revolucionaria. Diríase que entre nosotros, para que un hecho cualquiera aspire a ser histórico, ha de ser por alguno de sus aspectos revolucionarios.» Arduo propósito éste de tratar de fijar el concepto de revolución. La imprecisión del concepto, la multiplicidad de criterios desde los que se ha abordado, hace que no sea fácil llegar a obtener una idea clara. Muchas veces nos encontramos con verdaderas listas de autores, cada uno de los cuales caracteriza el fenómeno a su manera, y sólo mediante cuidado estudio se puede llegar a una clasificación de grupos para simplificar los intentos interpretativos. Alvaro Gómez sigue como método el de buscar primero una descripción del fenómeno para llegar luego a desentrañar sus características más acusadas. Refirién-

## RECENSIONES

dose al caso hispanoamericano se adelanta a afirmar que cada una de las alteraciones del orden o pronunciamientos que jalonan la evolución política de estos pueblos, considerados aisladamente, no merecen el calificativo de revolucionarios, porque eso «es, por una parte, magnificar, artificialmente, tal episodio, y por otra, reducir a muy poca cosa el concepto de revolución». Para el autor, lo que verdaderamente se puede llamar una revolución «no es algo que ocurra todos los días». El verdadero concepto exige que el hecho histórico en cuestión «tenga cierta magnitud, posea cierto dinamismo y obedezca a un determinado sentido». Esto es lo que él llama la *dignidad* del hecho. La verdad es, sin embargo, que por esta vía es también muy difícil llegar a una caracterización del fenómeno revolucionario. El término *dignidad* es demasiado vago, y cuando tratamos de aprehender un hecho determinado para examinar su grado o dimensión de *dignidad*, nos encontramos llenos de perplejidad. Todo dependerá de la posición o criterios varorlativos del estudioso y, por ello, es muy fácil caer en un subjetivismo poco constructivo. Pero pasando por encima de esta inicial objeción, parece claro que el autor lo que quiere significar es que la revolución, para que tenga toda su honda resonancia, no puede detenerse en una mera alteración del orden jurídico y legal. El hecho revolución exige una evidente entidad histórica, o sea, que responda a causas profundas que hunden sus raíces en el pasado histórico y tenga una continuidad en el tiempo, hasta el punto de que sea como una determinante de la evolución de un pueblo. Situados de esta manera en la visión del autor, comprendemos que por lo que se refiere a la realidad hispanoamericana hablar de revolución significa la continuidad de un proceso condicionado por los elementos generadores del ser hispanoamericano y las circunstancias a través de las cuales ese ser ha continuado siendo.

De este modo se adentra en su investigación partiendo del fenómeno de la Independencia. Ese fenómeno revolucionario se hizo, afirma el autor, a nuestro juicio con discutible rigidez, contra algo concreto: el modo de ser plasmado por España en América. Advierte que en el transcurso de siglo y medio las sucesivas ma-

nifestaciones revolucionarias acaban no haciéndose contra algo, sino contra alguien, pero respondiendo siempre no a un impulso ascensional, de abajo a arriba, para perforar unos estratos sociales, sino como un esfuerzo individual, si bien simultáneo, para mantenerse a flote, en un mundo social anárquico y cambiante.

Esta afirmación del autor encuentra su explicación en toda la primera parte de la obra, en la que con el título de «Formación de las tradiciones» ha ido analizando los distintos elementos que han prestado su contribución para configurar el ser hispanoamericano. Sobre todo lo aborígen y lo hisánico, cada uno con su correspondiente cara ideológica, sentimental y cultural. Son dos visiones del mundo que chocan y crean un nuevo modo de ser que se prepara para irrumpir en la Historia.

Pero el estado permanente de inquietud del mundo hispanoamericano, que ha sido el punto de coincidencia que inevitablemente se ha dado entre todos los observadores de la realidad hispanoamericana, no es para el autor una consecuencia de los elementos que intervienen en la conformación del ser hispanoamericano. Se levanta contra aquellas interpretaciones que ven en la «anarquía hispanoamericana» una consecuencia del clima tropical o de las peculiaridades mestizas o bien del talante español. Por el contrario, Alvaro Gómez estima que ese estado de revolución permanente que es la tónica general en siglo y medio de vida independiente, «es la consecuencia necesaria del planteamiento surgido con la Independencia, que presupone el choque constante de una ideología—la de la Revolución francesa—contra un modo de ser que le es antagónico». De este modo, siguiendo la línea mental del autor, se puede advertir como una adulteración del ser hispanoamericano en virtud de las circunstancias históricas por las que adviene a la independencia política. Es como una interrupción de un proceso histórico antiguo de siglos y un viraje brusco que va condicionar todo el desarrollo posterior. Esta interpretación nos trae a la memoria otra muy similar, que hemos encontrado repetidas veces en las páginas del sociólogo nicaraguense Ycaza Tijerino. Considera Alvaro Gómez que este profundo proceso revolucionario ha atravesado en Hispanoamérica tres estadios o momen-

## RECENSIONES

tos claramente diferenciados: el institucional o propiamente político, que se inicia con la Independencia en el intento de reemplazar el organismo estatal español; el ideológico, consecuencia del choque de las nuevas formas de organización política que entran en desarmonía con la estructura social, de suerte que ahora la carga ideológica es la predominante; finalmente, el irracional. La revolución ha dejado de ser institucional, porque ya no pugna contra instituciones políticas ni sociales que haya que derrocar, y también deja de ser ideológica, porque todas las ideologías están en crisis.

Es muy interesante recoger las observaciones que el autor hace sobre el papel de Bolívar al comienzo de todo ese proceso histórico. Subraya en especial que precisamente porque Bolívar fué un político realista propuso desde el principio «fórmulas conservadoras que trascendían el estricto campo de la revolución, en busca precisamente de su consolidación y afianzamiento». Para Bolívar, la revolución debía terminar con la guerra de la Independencia, pero pudo advertir que aquellas ideas que habían nutrido los movimientos independentistas de una nueva ideología, no eran las adecuadas para reconstruir la República y menos aún para edificar una comunidad de naciones hermanas. Parece indubitable para el autor que Bolívar tuvo conciencia clara de lo negativo del liberalismo como fermento de construcción política y que su única contribución había sido la de dar una apoyatura doctrinal en la lucha contra el antiguo régimen. Luego, pasado el momento revolucionario, esas doctrinas entraban en colisión con el propio ser hispanoamericano que inevitablemente propendía a continuar siendo. Es ésta una afirmación de indudable entidad, y desde la que se puede comprender la posición del autor al enjuiciar todo el proceso histórico que de entonces arranca. Ese estadio irracional que veíamos ponía el autor en tercer lugar, y que considera es en el que se halla en la actualidad Hispanoamérica, tiene a su juicio estas cuatro notas esenciales: irreligiosidad, insolidaridad, desjerarquización e inseguridad, que son las notas características, a su juicio, de la revolución progresista.

Llegado a este punto, se enfrenta en la tercera parte con las «Perspectivas de la revolución». El examen que el autor rea-

liza aquí se fija especialmente en lo que ha sido la evolución cultural de los pueblos hispanoamericanos. Parte de la base de que en el hecho cultural americano se produjo un choque de culturas que determinaron un mestizaje cultural en el que lo permanente y más definitivo fué la propensión hacia la afirmación de las formas culturales hispánicas. Pero, al propio tiempo, sobre todo el hecho cultural americano ha pesado de manera abrumadora lo telúrico, la llamada profunda de la Naturaleza y de la inmensidad geográfica. Para el autor este factor es decisivo y ha actuado como un elemento fecundante. Por eso puede concluir con esta afirmación: «Creemos estar asistiendo al principio del cumplimiento de una vieja ilusión: el de la fecundidad incommensurable, puesta por fin al alcance y servicio de la raza humana». Lo telúrico es un factor, por consiguiente, que dota de originalidad al alma hispanoamericana, y armonizándose con el mestizaje cultural que la historia ha producido, ha operado como algo esencial en la formación del carácter hispanoamericano. En la actualidad, sobre lo étnico y lo puramente geográfico y lo histórico y cultural, vienen todavía a proyectarse los que llama «elementos neutros», de los que el más decisivo es la técnica. Esos elementos tienden a la expansión universal, y por lo mismo, son más apropiables «sin implicar necesariamente una descaracterización» de las culturas receptoras. Pero lo que sí puede ocurrir, y éste es a juicio de Alvaro Gómez el caso de Hispanoamérica, es que en virtud de la desvalorización de los elementos o manifestaciones significativas—«no neutrales»—de una cultura, estos contenidos propios ceden ante el ímpetu universalizante de los elementos neutrales. Sólo no ocurrirá esto cuando los elementos significativos se apropian la técnica invasora y la ponen al servicio de la unidad de sentido de la cultura. Pero, al propio tiempo, esta invasión del elemento técnico no «llena» los espacios de las demás formas culturales. «Quedarán siempre un vacío». Esto ha ocurrido en el llamado mundo occidental, al que pertenece Hispanoamérica por imperativo histórico, pero «como el ritmo de esa neutralización es allí más acelerado, los efectos son, por consiguiente, de muy mayores proporciones».

Al final de su interesante libro, Alvaro Gómez se hace esta pregunta: «¿Qué será,

## RECENSIONES

«entonces de Hispanoamérica, hinchada de técnica, pero culturalmente neutra y, por lo tanto, anímicamente estéril?» Y se da esta respuesta pesimista: «En ese momento, Hispanoamérica, exhausta por el esfuerzo denodado que realizó para alcanzar una meta cultural neutra, se verá de nuevo colocada a la retaguardia de un mundo orientado a la recuperación de los valores espirituales.» Pero no todo es pesimismo, porque en ese momento decisivo ve nuestro autor una posibilidad única para Hispanoamérica de alcanzar plena madurez. «Nuestra misión actual, el único programa político que puede tener hoy fundamentos auténticos en la historicidad de nuestros

pueblos, ha de ser el que tenga como objetivo la preservación de los valores tradicionales.»

Concluamos nosotros también estas reflexiones escritas al compás de la lectura de la obra de Alvaro Gómez, diciendo que la investigación realizada por el autor en su intento de desentrañar el ser americano, hispanoamericano, sus formas culturales esenciales y el significado de su proyección histórica, constituye un esfuerzo notable que ha dado como resultado un libro de gran belleza.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

LEO HUBERMANN y PAUL M. SWEETZ: *Cuba, Anatomy of a Revolution*, Routledge & Kegan Paul. London, 1961, 207 págs.

A través de esta obra, los autores observan con mirada complaciente el panorama de la Cuba actual y no ocultan la satisfacción que les producen unos hipotéticos avances en el campo de la enseñanza, de la vivienda rural, de la sanidad, etc. Pero ambos autores son ciudadanos norteamericanos y, teóricamente, debían ser defensores de la civilización occidental mediante la cual los Estados Unidos—y sus ciudadanos—han logrado el colosal progreso material que los ha convertido en la primera potencia mundial. Y precisamente el enemigo de esa civilización occidental (con las premisas que implica de libertad individual, de cultos, de expresión, etc.) es el mundo soviético, enemigo declarado de esos valores morales. Y he aquí que al enjuiciar con tanto entusiasmo la Cuba fidelista, Hubermann y Sweetz, olvidan—o fingen olvidar, lo que es más probable—que Cuba es un Estado soviético a 112 millas del territorio continental de los Estados Unidos, y a 90 de Key West. Es decir, que ahora los «Migs» soviéticos tienen dentro de su radio de acción una parte considerable del territorio de los Estados Unidos, el canal de Panamá y la base de Guantánamo, habiéndose convertido en un gigantesco portaaviones insumergible en el corazón de América. Y esa realidad está por encima de todas las especulaciones teóricas. Por

esto la publicación de libelos propagandísticos como el que comentamos, donde se trata de disfrazar con palabras los hechos de una sangrienta y aterradora tiranía, son muy perjudiciales, porque contribuyen a sembrar el error y el desconcierto entre amplias masas de opinión. Quienes, como Hubermann y Sweetz, adoptan esta conducta suicida, incurrir en una enorme responsabilidad.

Adoptando la táctica de enmascarar los hechos públicos y comprobados, Hubermann y Sweetz se extienden en ampulosas digresiones para negar todo matiz comunista a la revolución castrista. «Por nuestra parte—escriben—no tenemos ninguna duda en contestar: la nueva Cuba es una Cuba socialista» (pág. 146). «Por primera vez, con la revolución cubana, se produce una genuina revolución socialista hecha por no comunistas» (pág. 154). «Nosotros concluimos que la hipótesis de la infiltración comunista en la jefatura es una pura figuración de la imaginación anticomunista» (página 151). Pretenden ignorar que, a todos los efectos, el castrismo es un satélite ruso. Los abrazos de Nueva York entre Fidel y Nikita, el amenazador mensaje de Jruschev a Kennedy del pasado 18 de abril, la llegada masiva a Cuba de técnicos y armamentos de todos los países soviéticos, la proclamación de Cuba como

«República Democrática Socialista», la concesión del premio «Lenin» a Castro, etc., son hechos sobre los que no caben bizantinas interpretaciones. Pero, más aún, existe el testimonio vivo de algunos de los más directos colaboradores de Fidel durante la lucha, que se han convertido en sus enemigos al verse traicionados en su patriotismo y comprobar que Cuba se convertía en un satélite soviético. Entre ellos, José Miró Cardona—cuya actuación relatan los autores en la pág. 66—tuvo que exiliarse y asumió la Presidencia del Gobierno provisional cubano en el exilio; Camilo Cienfuegos—uno de los doce que desembarcaron con Fidel, «distinguido jefe combatiente» (pág. 69), que mandó una de las dos columnas fidelistas que salieron de Sierra Maestra a la conquista del país—desapareció misteriosamente durante un vuelo en octubre de 1959, probablemente asesinado por orden de Fidel; William Alexander Morgan—que entrenaba a las fuerzas fidelistas en la Sierra de Escambray y que fué quien recibió la rendición de los oficiales de Batista en la estación naval de Cienfuegos (págs. 69-70), fué fusilado por orden de Castro en La Cabaña; el doctor Manuel Urrutia, «un juez que cumplió un honorable papel en tiempos del ataque en Moncada en 1953» (página 84), primer presidente de la República con el régimen de Castro, fué rápidamente destituido porque su honradez no le permitía aprobar los desmanes fidelistas, y hoy está asilado en la Embajada de Venezuela, sin que el Gobierno castrista le permita abandonar el país.

Así, cientos de los primeros seguidores de Castro han sido fusilados o han escapado, desilusionados, del país para preparar el derrocamiento del tirano. Basta considerar que en el Gobierno provisional formado en el exilio por Miró Cardona figuran: Manuel Ray, ex ministro de Obras Públicas en el primer Gobierno de Fidel (que Hubermann y Sweezy citan elogiosamente en la página 84); Felipe Pazos, que fué presidente del Banco Nacional cubano a principios del régimen castrista; doctor Justo Carrillo, ex presidente del Banco de Desarrollo Agrícola bajo el primer Gobierno de Fidel Castro, y el comandante Humberto Matos, que por su destacada actuación en Sierra Maestra alcanzara la máxima graduación en el ejército fidelista. Todos ellos y otros miles que lograron es-

capar con vida han dejado bien claro que el motivo que les impulsó a abandonar Cuba es la creciente soviétización del país. Solamente un ciego partidismo, ciego hasta el fanatismo, como el que muestran los autores de este libro, auténtico libelo, puede inducirles a escribir que «los lectores americanos pensaban que Fidel Castro era un monstruo que había iniciado un baño de sangre en Cuba. La versión opuesta es la real. Fidel evitó un baño de sangre» (página 71). Después del siniestro espectáculo de los «juicios» montados en los recintos deportivos ante muchedumbres azuzadas por el olor de la sangre y televisados a todo el país para satisfacer los más bajos instintos, esas palabras de Hubermann y Sweezy sólo merecen desprecio y producen náuseas.

Tratando de justificar la pavorosa matanza fidelista, invocan el testimonio del «padre Inak de Azpiazu, un sacerdote católico vasco que escapó de una prisión de Franco en la guerra civil española y se trasladó en voluntario exilio a la Argentina. El Gobierno de Franco ha rehusado permitirle volver a España» (pág. 72). Este sacerdote, entregado a turbios manejos políticos, escribió un artículo—«Justicia revolucionaria» (8 febrero 1960)—, del que los autores extractan párrafos elogiosos para la «serena justicia» fidelista, donde dice: «Y la justicia consiste en organizar juicios..., condenando a muerte a los convictos de asesinato y a prisión a los autores de otros graves crímenes. Unos 700 han sido fusilados y hay ahora unos 2.500 prisioneros, ninguno de los cuales ha sido maltratado y cuyo número descende rápidamente.» Evidentemente, descende vertiginosamente, porque diariamente se producen nuevos fusilamientos. El día en que esto escribimos (20 de septiembre) se anuncia el fusilamiento de otros tres «complicados» en el incendio de «El Encanto». Solamente un insuperable cinismo puede permitir a Hubermann y Sweezy escribir que: «Su trato de los prisioneros de guerra durante la guerra ha probado ya que Fidel y otros jefes rebeldes eran humanitarios y no monstruos sedientos de sangre» (página 73). Pero la realidad es muy distinta y las matanzas y torturas a los prisioneros del fracasado desembarco en la bahía de Cochinos movieron a Honduras a romper sus relaciones con La Habana, al presidente de Venezuela a enviar un mensaje

a Dorticós para que no aplicase la pena de muerte a los prisioneros, al Gobierno de Costa Rica a condicionar el mantenimiento de las relaciones diplomáticas con La Habana a la supresión de la aplicación de penas máximas a los prisioneros invasores, etc., etc. Las matanzas fidelistas han despertado el horror y la reprobación de todas las conciencias honradas, de todos los que no se han vendido al oro comunista. Últimamente, el siniestro chantaje impuesto al exigir el cambio de 1.200 prisioneros por maquinaria bélica revela la crueldad de su temperamento.

El terror impuesto por la policía de Castro no evita que el pueblo cubano, exasperado ante las matanzas, se alce contra los opresores. Así, el 30 de mayo se levantó contra el «fiscal» del Tribunal Revolucionario de La Habana, teniente Pe-layo Fernández Rubio, distinguido por sus sanguinarias persecuciones. El pueblo cubano, que Hubermann y Sweezy creen feliz y adicto a Castro, se agita contra el tirano con los débiles recursos de que dispone.

El otro aspecto que configura claramente el carácter comunista del régimen fidelista es la sañuda persecución a la Iglesia Católica. El arzobispo de Santiago, monseñor Pérez Serantes, que libró a Fidel Castro del fusilamiento cuando fracasó el golpe de Moncada (hecho que ocultan cuidadosamente los autores), elevó hace tiempo su voz autorizada en protesta de los atropellos que se cometen contra el clero y los fieles como producto de una sistemática campaña de ateísmo de cuño soviético, y el 4 de marzo pasado firmaba una carta impresionante, que da idea de la atroz persecución. El 22 de abril arreciaron las persecuciones, comunicándose que cierto número de miembros de la jerarquía eclesiástica católica habían sido encarcelados, entre ellos el obispo coadjutor de La Habana, monseñor Boza Masvidal. La persecución religiosa hirió los fraternales sentimientos de los católicos de otros países iberoamericanos. Así, en Colombia, el cardenal Concha Córdoba, arzobispo de Bogotá, solicitaba el 10 de abril pasado oraciones por Cuba, añadiendo que el comunismo internacional arraigado ya en la isla representa una amenaza para Iberoamérica. Los obispos chilenos afirmaron su solidaridad con el clero y fieles perseguidos en Cuba. En Uruguay, los obispos se dirigieron a los fieles, sub-

rayando que las persecuciones contra la Iglesia, comenzadas en la U. R. S. S., se han extendido a Cuba. Guatemala dispuso una jornada de oraciones por la Iglesia mártir de Cuba. Esa situación hizo que el 3 de marzo la emicora vaticana declarase que: «En efecto, la constitución de la nueva República afirma que se basará en el socialismo, lo que implicará la nacionalización de los bienes y en particular de la enseñanza, con la consiguiente supresión de todas las escuelas privadas. Otras informaciones añaden que serán expulsados de Cuba los sacerdotes extranjeros católicos, y que el clero local, al igual que en los países comunistas, han sido invitados a aceptar los postulados del régimen. No podemos menos que resaltar el dolor que el hecho en sí encierra y los comentarios que suscita en todos los hombres libres, y en particular en los hombres que ven así amenazada una nación de indiscutible tradición cristiana». La posterior expulsión en masa de sacerdotes, entre ellos 2.000 religiosos españoles: la clausura de templos, el salvaje ataque a una procesión el actual 10 de septiembre, en que se produjo un muerto y varios heridos por disparos de soldados y milicianos contra los fieles, etcétera. Todos estos hechos demuestran la saña comunista contra la religión. Pero de todos estos actos no han querido enterarse esos «escrupulosos observadores» de la realidad que son Hubermann y Sweezy. En cambio, quedan bobaliconamente extasiados ante los «logros» de la revolución castrista. Las palabras que disfrazan la realidad les conmueven: «tierras intervenidas», «tiendas del pueblo», etc., son objeto de prolifas explicaciones para que el lector norteamericano, que por fortuna no disfruta de estos «progresos», pueda calibrar su alcance. A los españoles, que hemos conocido éstas y otras «conquistas» del Frente Popular, sabemos que son el simple disfraz del robo y de la estafa.

El caballo de batalla de Hubermann y Sweezy es su pretensión de justificar que la revolución fidelista consiste en la «dominación extranjera» que pesaba sobre Cuba. Ese título de «dominación extranjera» encabeza el capítulo tercero, donde se refiere que los capitalistas norteamericanos poseían un tercio de las refinerías azucareras y un 40 por 100 de la producción de azúcar. Es indudable que los Estados Unidos—manteniendo una trayectoria iniciada por Jeffer-

son y consagrada por Monroe—intentaban mantener y acrecentar su influencia político-económica en Iberoamérica. Pero los Estados Unidos, en las últimas décadas, mostraban evidentes signos de suavizar su política. A la política «del garrote», empleada especialmente por Roosevelt, había sustituido la «del buen vecino», de su sobrino Franklyn. Es decir, que esa «dominación» norteamericana pudo ser corregida por fórmulas viables. Incluso los autores disimulan hábilmente el hecho de que en el propio terreno de la economía azucarera se había producido un notable descenso de la participación norteamericana; en 1926 la producción de azúcar en propiedades norteamericanas ascendía al 63 por 100. Y en 1955 había descendido al 40 por 100 que hemos consignado. Pero habiendo juzgado los autores que con la existencia de esas propiedades extranjeras se comprobaba la «dominación» estadounidense podían ahora presentar la incautación de tales propiedades—y de otras, como las refinerías de petróleos—como el más glorioso de los actos fidelistas. En este sentido se presenta la Ley de Reforma Agraria de mayo de 1959 mediante la cual «el régimen ha corregido los abusos e iniciado la reforma que era tan necesaria, la cual, por otra parte, no altera la estructura básica de la sociedad cubana» (pág. 110). Esta ley que califican de «relativamente generosa» (pág. 111) los autores, representa, ni más ni menos, que la eliminación de la propiedad privada, como es de rigor en los regímenes comunistas. Y esto se ha hecho sin que el campesino obtenga ningún beneficio, puesto que no han obtenido el disfrute de la tierra. En una de las estúpidas anécdotas de que está plagada la obra, cuentan los autores (página 116), que pararon a unos cortadores

de caña y les preguntaron si no deseaban tener tierra propia, pero «ellos no mostraron ningún deseo de tener propiedad individual». «Demuestran» así que el fidelismo ha cambiado en un par de años un anhelo como el del acceso a la propiedad, tan viejo como la Humanidad. Tratan de disfrazar la estafa de que el castrismo hizo víctimas a los campesinos que fueron su mayor apoyo en los días de rebeldía. Esto se confirma más adelante, cuando tratando de las cooperativas instaladas en las tierras expoliadas a sus propietarios dicen que los campesinos que las trabajan no tienen propiedad ninguna y que reciben un salario por su trabajo. «No obstante, existe una diferencia respecto a las granjas estatales (soviéticas) implicada en la denominación, universal en Cuba, de que los que pertenecen a la cooperativa son «miembros» más bien que simples trabajadores al modo de una empresa industrial. ¿Qué importancia tiene esa diferencia? Es una cuestión fundamental que, no obstante, es imposible aún contestar claramente. No faltan quienes, especialmente entre los que critican al actual Gobierno cubano, mantienen que la diferencia es puramente verbal. Nosotros opinamos que es aún demasiado pronto para sacar conclusiones» (pág. 123). Todo el esfuerzo ingenioso desplegado por los autores para defender el castrismo a lo largo del volumen resulta estéril. Hoy el mundo civilizado, excepto los seres como Hubermann y Sweezy, ha comprobado con hechos—y no con los pobres argumentos y simples divagaciones de esta obra—que la Cuba de Castro representa el ataque meditado y frío a todo lo que la civilización supone.

S. F. T.

C. WRIGHT MILLS: *Escucha, yanqui*, Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1961, 215 págs. YVES GUILBERT: *Castro Vinfidele. La poudrière cubaine*, La Table Ronde. París, 1961, 254 págs. JOSÉ IGNACIO RASCO, FELIPE PAZOS y otros: «Cuba, 1961», suplemento de *Cuadernos*, del Congreso por la Libertad de la Cultura. París, marzo-abril, 1961, 64 págs.

El triunfo de la revolución castrista es, sin duda, uno de los hechos más graves acaecidos en el mundo desde el término de la segunda guerra mundial. En el es-

pacio de dos años se ha pasado del derrocamiento de un régimen despótico, contra el que venía luchando con varia fortuna una gran parte de los cubanos y, desde lue-

## RECENSIONES

go, los grupos democráticos todos, a la instauración de una tiranía comunista que lleva el telón de hierro hasta tierras americanas. Es un hecho muy grave. Y no sólo para América. Súbitamente, la alegre isla de Cuba se ha convertido en uno de los focos más peligrosos del globo, en un bastión de la dominación comunista, que avanza hasta casi rozar las tierras, antes tan alejadas geográficamente de las zonas de tensión mundial, de los Estados Unidos. Al propio tiempo, el castrismo, como bandera de la América irredenta, se levanta como una amenaza que no reconoce fronteras a todo lo largo y lo ancho del Continente. Cuba y su régimen, y sobre todo las derivaciones de la implantación en pleno Caribe de un Estado satélite de Moscú, dominan absolutamente el panorama político americano.

Tal es la realidad. Y ante tan singular fenómeno nada más natural que el que asistamos en el último año y medio a la aparición de un buen número de estudios, de muy variado enfoque y extensión, acerca de lo que ocurre en la perla de las Antillas, de los antecedentes y consiguientes de Fidel Castro y el castrismo. Importa mucho, en verdad, hacerse luz sobre lo que allí ha pasado y está pasando, porque por la misma complejidad de los acontecimientos y la rapidez con que se suceden no es fácil lograr una valoración serena y objetiva, tanto más cuanto que la misma vorágine revolucionaria agita las pasiones y desde un lado y desde otro se pretende, no hacer historia o lograr una cuidada distancia, sino entrar en polémica y agotar los argumentos justificativos.

Por eso, entre las muchas publicaciones que se han ocupado de la revolución castrista, nos ha parecido oportuno escoger estas tres que ahora presentamos conjuntamente, para intentar, por vía de contraste, un examen del fenómeno en cuestión. Por un lado, la obra del conocido sociólogo norteamericano Wright Mills es una decidida, apasionada, diríamos totalitaria, defensa de la revolución implantada en Cuba por Fidel y su «Movimiento del 26 de Julio». Es un libro escrito como justificación, en el que se ha recogido o se ha pretendido recoger lo nuclear de la postura revolucionaria castrista, su última razón de ser y también su motor: la explicación de su odio a los Estados Unidos, el espíritu revanchista contra el poderoso vecino y amo. Como, ade-

más, el libro está escrito por un ciudadano de los Estados Unidos que se hace portavoz de todas las argumentaciones que contra su patria dirigen Castro y los suyos, no cabe duda de que este libro quiere ser todavía más que una violenta—¡y hasta qué punto!—requisitoria, que una apasionada acusación contra Norteamérica; una confesión de parte, un humillante abatimiento ante la fuerza de los hechos de los súbditos de la Unión a los que no nubla su condición de tales y la aceptación de la historia política de su país.

De otro lado, he aquí el reverso de la medalla. Ives Guilbert, escritor francés, ha hecho una obra de mayor extensión en la que, partiendo de los hechos inmediatamente anteriores a la victoria del 1 de enero de 1959 y del desarrollo de la revolución, dueña ya del Poder, se pretende alcanzar una visión «cierta» de lo que es Cuba hoy y su régimen. El resultado es un libro—probablemente uno de los más difundidos de toda la literatura anticastrota—condenatorio, en el que el acento se pone sobre la traición cometida por Fidel con su pueblo, sobre la falsificación cometida, el estrangulamiento de unas esperanzas alimentadas durante mucho tiempo y a través de muchos sacrificios; el brutal escamoteo de una revolución en presencia de sus propios protagonistas.

Al lado de estas dos obras, diametralmente opuestas, hemos querido poner ese breve suplemento de una revista en el que se ha dado la oportunidad a un puñado de cubanos, los más de ellos actores en el presente drama de su patria, para que expliquen «desde dentro» la realidad actual de Cuba. Se dirá que éste será, por tanto, en cuanto escrito por cubanos, y cubanos en el exilio, el más apasionado de los tres alegatos. Y cierto es que aquí encontramos a quienes escriben con dolor que salta a la pluma, pero se nos concederá que no será inoportuno oír, sobre todo por lo que se refiere a quienes militaron en las filas del «Movimiento 26 de Julio», o por lo menos trabajaron en el seno de los cuadros directivos de la revolución que triunfó al alborar 1959, a estos testigos de excepción, mucho más después de conocer lo que los responsables de lo que hoy ocurre en Cuba dijeron a Wright Mills sin dejarse nada en el tintero.

En el aspecto puramente formal hay que hacer una observación sobre la obra de



Mills. Por mucho que interese al lector lo que cuenta, cansa. Se resiste difícilmente el tono con que se finge la voz del castrismo. El autor quiso ver personalmente la revolución, sus obras y sus hombres, y se fué a Cuba. Habló con unos y con otros, le llevaron, al parecer, a ver todo lo que quería ver y sobre todo tuvo largas conversaciones con los dirigentes de aquel caos administrativo. Anotó cuidadosamente todo lo que le dieron y a su regreso fingió unas cartas, sin duda pensando que de este modo sería más veraz su relato. El resultado es una insufrible acumulación de tópicos revolucionarios y de brutales acusaciones, sin el contraste, siempre necesario, de la valoración del observador. La utilidad del libro reside en que por él se puede conocer lo que piensan los castristas en acción, pero con este libro poco o nada se puede saber lo que es *realmente* la Cuba de hoy. Y no ha de extrañarse esto, y ahora va entramos en el fondo de la obra de Mills. Desde el principio se adelanta el autor a decirnos que no ha querido hacer una obra objetiva. No se puede tomar, por tanto, como una vía de conocimiento. Piensa que se oye mucho en Estados Unidos acerca de Cuba, pero no se oye la voz de los revolucionarios. El les dejará, pues, las páginas de su libro para que se hagan oír. He aquí sus palabras: «Mi objetivo central en este libro es presentar la obra del revolucionario cubano con la mayor claridad y fuerza posibles. Me he fiado este objetivo porque esa voz está absurdamente ausente en las noticias de Cuba que se difunden actualmente en los Estados Unidos. No encontrarán ustedes aquí «toda la verdad sobre Cuba», ni tampoco «una apreciación objetiva de la revolución cubana».

Pero inmediatamente agrega algo muy importante para poder juzgar este libro: «No creo que nadie pueda hacer en este momento semejante apreciación, ni creo que nadie—cubano o norteamericano—pueda saber todavía «toda la verdad sobre Cuba». Esa verdad, cualquiera que sea, está en proceso de creación y cada semana es distinta.» C. W. Mills parece que visitó Cuba al año y medio del triunfo del castrismo. Después han sucedido, en verdad, muchas cosas que han contribuído a esclarecer «la verdad» de Cuba, la realidad inequívoca de su situación; pero en el verano y el otoño de 1956 ya se había dado la gran vuelta, ya se había realizado el

gran escamoteo y la implantación en Cuba de un régimen comunista era una triste evidencia. Está bien no condenar sin oír, y mucho menos cuando se trata de hechos y circunstancias complejos y que hacen penetrar sus raíces en el pasado. Pero otra cosa muy distinta es entregarse a una función inferior o instrumental como la que corresponde a una cinta magnetofónica, pero no a un sociólogo que se inclina sobre hechos y acusaciones de la mayor gravedad. Mucho más cuanto que ese objetivo de mera repetición es imposible. La mera ordenación de los hechos y el tono que se presta a la voz que se quiere dejar oír, encierra una intencionalidad que no puede tener la cinta magnetofónica. Además, el autor ha puesto al comienzo y al final de su libro dos a modo de capítulos propios, en los que el sociólogo podía, y debía, habernos dicho algo sustancioso de su cosecha, tomando posición de estudioso sobre lo que ha visto.

Naturalmente, todo lo que Mills dice, o transcribe, es pura propaganda sin entrar en la entraña de la realidad. Naturalmente también que con el propósito de acusar a los Estados Unidos por su política en Cuba en largos años se pueden y deben decir muchas cosas duras que no son patrimonio exclusivo de las argumentaciones castristas. Pero lo que un castrista nunca nos dirá es la doble faz de su jefe, los desmanes contra las personas y las haciendas, el caos económico producido, la incompetencia risible, la penuria y la decencia del pueblo, la pérdida de las libertades más fundamentales, la falta de seguridad personal y, por encima de todo, la entrega cruel de toda una nación a la más negra de las tiranías: la del comunismo. Ya sabemos que C. W. Mills no ha querido hacer un libro objetivo, pero si no ha querido hacer un panfleto, ha debido darnos, aunque fuese con extrema brevedad, una valoración como la que se puede exigir a quien es un profesor y un sociólogo reconocido.

\* \* \*

Y Guilbert sí ha querido hacer un libro objetivo. Por lo menos su pretensión mira más alto que la de Mills, que se ha limitado a prestar su voz—¡vana pretensión!—a quien asegura que no se puede hacer oír, aunque tenga a su disposición el más acabado sistema de propaganda que existe

en el globo: el del mundo comunista. El que se hace escuchar en las más dilatadas regiones del planeta, y en todo caso en las más populosas. En sus once capítulos el libro de Guilbert busca una explicación del hombre Fidel y de su obra. Va analizando, con un estilo rápido, de fácil lectura, lo que fué el escenario político sobre el que se proyecta la acción de aquel abogado anárquico, aficionado a las armas y a la violencia, que un día tuvo la heroica y descabellada idea de asaltar el cuartel Moncada. Describe luego lo que fué su acceso al Poder, una vez triunfante la revolución, en medio de la expectación esperanzada de sus compatriotas, cuando el suelo no estaba todavía suficientemente firme como para descubrir la verdadera faz, porque con la revolución habían llegado también hombres de muy diversa formación y antecedentes y en los que, en todo caso, era indubitable su decidida enemiga al comunismo. Asistimos luego al gran giro y a la extensión, ya descubierta, de todos los hilos que van a aprisionar la isla, su economía, su administración y la vida de los cubanos todos.

El libro de Guilbert está centrado en Castro y «su» revolución. Esto no empece, sin embargo, que echemos en falta algo que sin ser «castrismo» es importante para penetrar en el sentido de los hechos presentes. Nos referimos a la situación de Cuba en lo económico y lo social, y sus naturales vinculaciones con una determinada situación política, en los años que corren desde el principio de siglo. Precisamente porque la revolución castrista ha subrayado de manera especial su condición de revolución social y económica.

Este silencio no se advierte, en cambio, en lo que es estrictamente político, puesto que en el primer capítulo, y en muchas otras partes del libro, se da noticia suficiente, como trazando el marco de los hechos posteriores, de lo que era el clima de oposición entre los diversos grupos frente a la dictadura batistiana.

A lo largo de los capítulos tercero al séptimo, ambos inclusive, el autor se aplica de manera especial a descubrir el proceso de comunización, merced a la intervención de los siniestros personajes que con Castro forman la plana mayor de la revolución: su hermano Raúl y «Che» Guevara, «la eminencia roja del régimen» (página 79). Es un proceso estudiado, de un

maquiavelismo de la más clara estirpe, al que el pueblo cubano asiste impotente por el terror y por los recursos que un régimen comunista tiene a su disposición en cuanto se ha hecho dueño de las armas, de la prensa y de los medios de comunicación de masas. Sólo algunos hombres de la primera hora hacen frente a la situación. Tales, un Mato Benítez, un Díaz Lanz, un Cienfuegos. Los episodios de que fueron protagonistas están aquí registrados con fuertes trazos. Pero a lo largo de este proceso, tal como lo describe Guilbert, se saca la impresión de que Fidel Castro fué más conducido que conductor. Este es uno de los puntos más debatidos de la revolución cubana. Aquí han incidido, en fin de cuentas, la mayor parte de las polémicas en torno al hecho cubano. En muchas partes de su libro—«ya, en el espíritu de Castro, los comunistas habían ganado la partida» (página 119); «Castro estaba cogido en un engranaje peligroso» (pág. 120); «no es tampoco, muy ¡robablemente, un agente soviético que ejecuta las órdenes de Moscú» (pág. 208)—el autor se manifiesta dubitativamente sobre este particular. En algún momento llega a afirmar, un poco en contradicción con otros párrafos anteriores y de casi todo el contexto del libro, que Castro no es la mano que lleva el timón: «Y sobre todo—alude el autor aquí al entusiasmo revolucionario que opera siempre en Castro—en Cuba, el partido (comunista) es el motor que constriñe a Castro hacia las fórmulas comunistas, pero él no tiene, oficialmente, el papel dirigente. Su acción es capital, pero por presión, por influencia, no por decisión autoritaria» (página 210).

La utilidad de obras como la de Guilbert es precisamente ésta: que permiten al lector, como consecuencia de un examen sistemático de los hechos y un enlace lógico de los acontecimientos, sobre la base de lo que es reconocido como cierto, penetrar en la realidad que se expone, profundizar y, en fin, sacar, incluso en contra de lo que puede ser la posición del autor—y esto es un poco lo que aquí nos pasa—, conclusiones a las que de otra manera no es posible llegar. Es casi imposible de aceptar hoy, a la vista de lo que ha sido la evolución de Cuba en los dos últimos años y que Guilbert describe con detalle, que no ha existido en Fidel Castro un propósito firme de llevar la revolución a la situación

que hoy contemplamos. Ni siquiera por la influencia de colaboradores tan íntimos como su hermano y Guevara, es posible que un hombre idealista que se ha jugado la vida en múltiples ocasiones para llevar su causa adelante acepte, en tan corto espacio de tiempo un abandono tan radical de lo que se pueden considerar puntos esenciales de su programa. El escamoteo de la reforma agraria primitivamente concedida y su plasmación en una ley claramente comunista, por ejemplo, es inadmisiblesin que quien en fin de cuentas tenía todo el peso del poder máximo en la nueva situación hubiera previsto lo que ese escamoteo suponía. Fijémonos en que la ley de la reforma agraria se promulgó el 17 de mayo de 1959, y que para entonces se habían hecho públicas advertencias por algunos de los hombres que formaban en la revolución sobre el peligro de las reformas proyectadas por influjo, sobre todo, de Guevara. Tampoco se puede creer que un hombre que se confiesa no comunista y en algún momento llega a prometer que tomará medidas para sacar a los miembros del partido de los puestos que han escalado, reaccione como Castro reaccionó contra los que habían sido sus fieles colaboradores en la lucha primera en cuanto éstos le advierten el peligro de la comunización y su firme resolución, pese a todo, de no transigir. Ni el odio a los Estados Unidos, ni los compromisos políticos con la Unión Soviética ni, sobre todo, la perversa influencia de Guevara y Raúl, pueden explicar esto. En la realidad las cosas son mucho más simples de lo que nos suponemos. Y todo es mucho más explicable si admitimos, lo que además muchas otras cosas abonaa, que Castro obedeció desde un principio a oscuras alianzas con el comunismo internacional.

\* \* \*

He aquí reunidas en esta breve publicación las opiniones de unos cubanos que también se levantaron para derrocar el régimen de Batista. Tenemos a Felipe Pazos, economista cubano que, como es sabido, militó en el «Movimiento 26 de Julio» y fué, luego del triunfo de la revolución, el primer presidente del Banco Nacional, hasta que fué sustituido por Guevara y tomó el camino del exilio. A Aureliano Sánchez Arango, dirigente universitario contra la

dictadura de Machado, que hubo también de exiliarse, aunque fuera colaborador en el trunfo de la revolución, por su anti-comunismo. Y Humberto Medrano, subdirector de Prensa Libre, que fué uno de los primeros en denunciar los excesos totalitarios del régimen; Néstor Suárez Feliú, también de Prensa Libre; el escritor Angel del Cerro, los profesores José Ignacio Rasco y Pedro Vicente Aja, y Manuel Antonio de Varona, uno de los promotores de la lucha contra Batista.

Todos ellos hombres que figuraron en la oposición contra los dictadores y el estado de cosas que movieron igualmente a Castro a tomar las armas. Hoy en el exilio, algunos prestaron un señalado servicio a la revolución que luego, por sus excesos, les obligó a abandonar el suelo de su patria. Por ellos habla una voz dolida, pero cuyo valor como testimonio, en muchos casos, y como medio de conocimiento de acontecimientos en los que actuaron de protagonistas, no es posible negar.

José Ignacio Rasco nos habla del «Trasfondo de la revolución», o sea de lo que se puede llamar la postura tradicional del pueblo cubano en la periferia revolucionaria. Manuel Antonio de Varona, de «La suflantación de las instituciones políticas y de la estructura constitucional». Humberto Medrano, buen testigo, relata «Cómo se suprimió la libertad de prensa». Pedro Vicente Aja explica «La crisis de la Universidad de La Habana» y Angel del Cerro intenta una respuesta a esta pregunta: «¿Ha comenzado la persecución religiosa?». Néstor Suárez Feliú—«La actual política internacional»—examina el sometimiento de Cuba a la política internacional de Moscú como una consecuencia inevitable de su satelización. Y Aureliano Sánchez Arango y Felipe Pazos (según se dice, este último en colaboración con otro economista cubano que no puede dar su nombre por la «situación de terror prevaleciente en Cuba») abordan en sus colaboraciones los temas económicos y sociales. El primero escribe sobre la «Situación de los campesinos y obreros dentro de la reforma agraria» y el segundo sobre «Desarrollo insuficiente y de superación económica».

De este último trabajo nos parece útil recoger aquí este juicio, emitido por quien ha visto muy de cerca la evolución de la estructura de la economía cubana y además ha ocupado un puesto clave en los pri-

## RECENSIONES

meros pasos de la vida económica y financiera del país ya en trance de «hacer» la revolución. F. Pazos afirma esto: «El experimento de la colectivización de la economía cubana, aparte de lo que representa en términos de la eliminación de las libertades públicas, ha resultado un completo fracaso desde el punto de vista económico, no sólo por sus consecuencias deplorables a corto plazo, sobre el nivel de vida del pueblo cubano, sino porque los daños ocasionados a la economía del país se continuarán sintiendo mucho tiempo después del derrocamiento del régimen.» El examen minucioso que Pazos hace de la situación económica lleva a consecuencias terribles. Considerando que el cambio estructural más importante del comercio exterior cubano ha sido debido a la desviación de las exportaciones azucareras, somete a un análisis breve, pero muy preciso, lo que implica esta desviación. Es interesante poner en contraste esta serie de datos fríos, manejados por un economista, por las irresponsables páginas que Mills dedica a desarrollar las ideas, fáciles y optimistas, de los castristas cantando las glorias del comercio exterior con la Unión Soviética. Lo que por Pazos sabemos con datos es hasta qué punto la política azucarera de Castro, influida por razones de orden político impuestas por la vinculación a Moscú, ha tenido como primera consecuencia «la merma de nuestros ingresos de divisas... y la consiguiente disminución de la capacidad de importar del país». «A su vez, la caída en la capacidad de importar está muy vinculada al proceso de capitalización...» Las perspectivas azucareras de Cuba, de seguir todo el camino iniciado, son muy pesimistas, y eso aun dando por bueno que se cumplieran los compromisos del bloque comunista fielmente, lo que es difícil, de una parte, porque la Unión Soviética no tiene necesidad real de comprar azúcar cubano; de otra, porque la falta de complementaridad de las economías cubana y del bloque soviético no facilita que de estos países se puedan suministrar mercancías por un valor de 300 millones de dólares, que es en lo que se materializan las ventas al bloque comunista.

Al mismo tiempo, la producción interior

no ha experimentado mejora, sino todo lo contrario, según nos dice Sánchez Arango. «En el azúcar, la zafra 1959-60, pese al aliento poderoso que se ofreció a los Centros confiscados o intervenidos por el I.N.R.A...., la producción de la cosecha de 1959-60 se redujo—respecto del año anterior—en más de 50.000 toneladas. Y para la próxima cosecha (1960-61), que comienza en enero, informes oficiales de colonos y hacendados (mantenidos en secreto por el régimen) indican que difícilmente podrán rebasarse los cinco millones de toneladas, en vez de los 5.700.000 de 1959 y los siete millones alegremente anunciados por los voceros económicos del Gobierno.»

Una situación tal como la que de todo esto se deduce no permite la creencia de la continuidad del régimen por mucho tiempo. Como dice Suárez Feliú, «si la economía interna continúa perjudicándose al actual ritmo, los dirigentes rojos cubanos no van a caer lentamente». Porque la economía tiene menos aguante que los hombres, y por mucho que el régimen oprima los cuerpos y las almas, los seres humanos, dominados por el aparato estatal manejado por el partido—y la Europa oriental es un buen ejemplo—, resisten, pero el caos económico produce consecuencias inexorables que afectan directamente a esa misma máquina opresora y la paran.

¿Se ha llegado a esta situación a lo largo de bastante tiempo? ¿De cuándo data ese giro dramático, ese escamoteo de la revolución? Por el libro de Guilbert, aunque se señalan los pasos tempranos dados por los comunistas para hacerse con los puestos clave, se saca la impresión de que es necesario dejar transcurrir casi el primer año de vida del régimen. Sin embargo, Suárez Feliú nos afirma que «al segundo mes ya todos los resortes del Poder estaban en manos de los comunistas». Pues bien, eso no es posible sino considerando que en el caso de Cuba ha habido, una vez más, un caballo de Troya. Eso es imposible si no se reconoce que Castro «traía, disimulados bajo un éxtasis de justicia, sus abominables compromisos con el comunismo» (Humberto Medrano).

GREGORIO UBEDA

JOHN D. MARTZ: *Central America. The Crisis and the Challenge*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1959, IX + 356 págs.

Ante todo, dejemos constancia del acierto de la Universidad de Carolina del Norte al ofrecernos, a los interesados por todos los aspectos de la dinámica internacional contemporánea, una obra de conjunto sobre un extremo tan descuidado como Centroamérica. Resulta simpático ese interés.

El volumen reseñado aquí es fruto de un quinquenio de trabajo. Desde 1954, la labor académica del autor se centró en las cuestiones de esa zona y una gran parte del tiempo lo pasó en la América Central (viajando por toda la región y por todos los medios de transporte. Mr. Martz recibió ayuda de la Widener Memorial Library, en Harvard, de la Biblioteca del Congreso y de las Bibliotecas Nacionales de Guatemala, Honduras, Costa Rica y Nicaragua. La publicación del libro ha sido posible por la generosa ayuda de la Ford Foundation. En resumen, toda una conjunción de circunstancias de trabajo típicamente estadounidenses.

\* \* \*

En primer lugar, Mr. Martz da los lineamientos clave de la región: geografía y clima, agricultura, factores raciales y demográficos, distribución de la tierra, tradiciones militares, inestabilidad económica.

Tras ello, la obra estudia sucesivamente las particularidades de Guatemala. El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. De cada uno de estos Estados se hace un detallado análisis, abordándose la historia política, la situación económica (agricultura, industria, transportes y recursos naturales), las relaciones con los Estados Unidos y el futuro de los mismos.

Resumiendo, en el libro recensionado se presentan la historia centroamericana de *revolución tras revolución* y las dificultades con que han de enfrentarse los pueblos carentes de herencia democrática para instituir sistemas democráticos de gobierno. (A este respecto, la obra de Martz estampa un pensamiento aleccionador en extremo: la mayoría de la población de esta región se halla roída por el hambre, no por una pasión por la democracia. Efectivamente, «El campesino centroamericano piensa en

una sola cosa: alimentarse y alimentar a su familia. Toda su vida es una continuada batalla para llenar el estómago... El hambre es un espectro familiar. En las áreas rurales resulta rara una persona con exceso de peso» (pág. 20).

Fundamentalmente, el libro va enderezado a enfocar las realidades internas de los países centroamericanos y su significado para los Estados Unidos. En esta ruta, apenas se tratan los esfuerzos de unificación política o económica de la zona—movimiento en el que tan poco se ha adelantado (desde luego, por algo más profundo que simples razones políticas)—. Así, la O. D. E. C. A. es mencionada en unas pocas ocasiones (páginas 80, 95, 106 y 110).

Las últimas páginas del volumen se dedican a las notas bibliográficas (cinco páginas), a un apéndice referente a los hechos básicos de la vida centroamericana, una bibliografía y un índice. Una cuidadosa presentación y una nítida tipografía hacen agradable el manejo del estudio de Mr. Martz.

\* \* \*

Desde luego, Centroamérica representa un desafío a la acción de Washington. En un mundo de *coexistencia competitiva*—y lo que ello implica—, los acuciantes problemas iberoamericanos dan pie a interrogantes de todo signo.

Por lo pronto, Centroamérica ha venido a ser sinónimo de *inestabilidad política* y *de Gobierno revolucionario*. Por lo tanto, el autor no ha podido dejar de notar la presencia del comunismo en estos parajes (y desde hace años: véase, por ejemplo, la experiencia de El Salvador en 1932).

Ahora bien, las fuerzas que presionan sobre la zona centroamericana tienen buen campo de maniobras.

Nótese que cerca del 70 por 100 de la población centroamericana pertenece al sector rural (con los enormes problemas de la distribución de la tierra). Añádase a esto la circunstancia de que alrededor del 50 por 100 del elemento humano es analfabeto. Y es de destacar el aumento demográfico del área comentada.

## RECENSIONES

Y obsérvese que las economías nacionales se apoyan en las exportaciones de uno o dos productos. En El Salvador, el café supone más del 80 por 100 de sus exportaciones. En Guatemala, la cifra es del 77 por 100. En el Panamá y Honduras, los plátanos constituyen, al menos, la mitad del conjunto de lo exportado. Costa Rica y Nicaragua exhiben una dependencia un poco menor.

Tan reveladores resultan otros aspectos del mundo centroamericano: la existencia de males administrativos (como el robo, la corrupción, etc.); el asesinato político (Remón, Somoza), etc. (Subrayemos en esta ocasión que el autor sale al paso de las generalizaciones. Así el libro consigna las muchas realizaciones llevadas a cabo por Somoza.)

Inquestionablemente, el lector ha de topar con el *antinorteamericanismo*. El autor lo justifica sobradamente. Durante una buena parte de un siglo, los Estados Unidos han cometido incontables desatinos en el área centroamericana. Años de explotación, insinceridad e intervención han dejado su huella. Hoy, el resentimiento es una característica regional.

En este campo emerge inexorablemente el testimonio de la United Fruit Company, una de las grandes empresas internacionales. La obra recensionada describe su tremenda envergadura económica (pág. 324). Otras facetas se sintetizan en este aserto: «Su imperio en Iberoamérica no tiene rival» (vid. pág. 47). Ahora bien, si Martz admite los serios errores de la UFCO en el pasado, también recoge el lado positivo de su actuación (págs. 325-326).

El autor hace una serie de recomendaciones sobre la política exterior de Washington respecto a Centroamérica y lo hace dentro de la *línea intelectual*.

Así, de modo natural, señala que los Estados Unidos deben aprender a limitar a los elementos del más estricto protocolo

sus relaciones con los Gobiernos claramente no representativos. A la par, aconseja que deben mantenerse los *quehaceres* diplomáticos, pero no extenderse al terreno de la ayuda militar y de la tácita aprobación moral de los regímenes.

Otra advertencia: la no intervención debe restaurarse tanto en hechos como en palabras.

Y en pro de una nueva evaluación de la política hemisférica estadounidense, Martz sostiene que los Estados Unidos deben extender sus relaciones con los *pueblos*.

\* \* \*

¿Perspectivas futuras?

Mr. Martz, con toda simpatía hacia los pueblos de la región centroamericana, ve en ella un *subcontinente en crisis*.

Y aunque cada nación tiene sus endémicas peculiaridades, todos los países de la América Central están atravesando—en distinta intensidad—una época crítica. Con la particularidad de que la crisis es hoy mayor que nunca.

En el primer rango de las preocupaciones, no se olvide que la zona centroamericana es a *land of illness and hunger*. Durante años y años, ella ha vivido en medio de la miseria, el analfabetismo y las más bajas condiciones de servidumbre humana. Y en nuestra hora, a menos que las extendidas causas de sufrimientos sean remediadas—por soluciones de emergencia y a largo plazo—, nadie puede profetizar la magnitud del *desastre inevitable*. ¡Optimista juicio, en verdad! Máxime cuando se esgrime la siguiente admonición: las hondas raíces del caos y de la anarquía políticos hacen que todo dirigente racional y progresivo sólo tenga una limitada probabilidad de éxito...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

GEORGE FRIEDMANN: *Signal d'une troisième voie?*, Gallimard. París, 1961, 137 págs.

El autor de este libro es un conocedor directo de la realidad americana. De su primer viaje a tierras suramericanas, hace dos años, nos dejó un testimonio lleno de vida en su obra *Problèmes d'Amérique La-*

*tine* (Gallimard, 1959). En el verano de 1960, un segundo viaje le ha llevado a Brasil, Argentina, Chile, Méjico y Estados Unidos. En Santiago de Chile asistió a la reunión del Comité Director de la Facultad

## RECENSIONES

latinoamericana de Ciencias Sociales, de la que es presidente. Allí se le brindó, pues, la ocasión de conversar ampliamente sobre los temas americanos de mayor actualidad con intelectuales y profesores suramericanos, con los que pudo obtener información acerca del eco que en las distintas Repúblicas ha alcanzado el fenómeno singular de la revolución castrista. De este modo surgió este libro, como ordenación de las varias observaciones y sondeos realizados por un sociólogo que desde hace bastantes años sigue con cuidada atención la evolución de los países de la América hispana. Por ello, el autor considera este su último libro sobre Hispanoamérica como una segunda parte del que hemos citado, constituyendo así el comienzo de una serie de estudios, surgidos de un contacto directo con la realidad que se estudia, y que afortunadamente podemos tener esperanzas de que pronto se vea continuada con un tercer volumen, puesto que el autor anuncia ya aquí un tercer viaje, en 1962, en el que espera tener «la ocasión de juzgar *sur place* en qué medida la Administración Kennedy habrá respondido a la intención, repetida intensamente, de colocar a Hispanoamérica en el primer rango de sus preocupaciones y de promover con ella una nueva «alianza para el progreso».

Preparémonos, pues, a recibir dentro de un año ese tercer volumen del sociólogo Georges Friedmann al término de una nueva visita a aquellos fascinantes países.

\* \* \*

La cuestión central que aquí encontramos, en torno a la que giran todos los pensamientos, ya queda indicada con el título que lleva el libro. ¿Podrán los países hispanoamericanos, partiendo de su actual situación, hacer una contribución original a la civilización al descubrir una manera *sui generis* de asimilar el progreso técnico, inaugurando una «tercera vía», igualmente alejada del capitalismo norteamericano y del totalitarismo comunista? Con el oído atento a encontrar una respuesta a esta inquietante pregunta, el autor se pone en contacto con las gentes hispanoamericanas, con los intelectuales y estudiantes, sobre todo, pero también con el pueblo en general, visita instituciones, fábricas, plantaciones, núcleos de población aislados por la geografía gigante del Continente. Ob-

serva constantemente y transcribe en su cuaderno de notas esas observaciones, las opiniones que oye, dejando tan sólo de vez en cuando oír su propia voz.

Los cargos contra los Estados Unidos constituyen un denominador común en las opiniones recogidas. Se imputa al poderoso vecino un grave olvido o ignorancia por lo que toca a las necesidades reales de los países situados al sur de Río Grande. Por el contrario, desde el Norte se ha fomentado el mantenimiento de escandalosas desigualdades sociales, de estructuras económicas que estaban reclamando la ayuda del hermano poderoso para renovarse y ponerse en condiciones de servir al progreso de pueblos en trance de gran crecimiento demográfico. Junto a las imputaciones a los Estados Unidos, la convicción muy extendida de que la única posibilidad de superar el subdesarrollo que estrangula el ansia de elevación está en el apoyo a las fuerzas democráticas de izquierda, porque con las otras, las representadas por las pseudoélites capitalistas, cosmopolitas, no se podrá nunca contar dada su hostilidad a reformas profundas y necesarias que afectarán necesariamente a sus intereses. Unos piensan en la necesidad de eliminar los Gobiernos actuales que se oponen a esta modificación estructural revolucionaria por las vías legales, pero otros, con la vista clavada en la experiencia cubana, se sienten tentados por las soluciones drásticas de la revolución por la violencia.

Friedmann recoge objetivamente estas opiniones que por su insistencia y extensión dilatada llegan hasta el observador como un clamor continental. Pero no deja de advertir dos cosas: por una parte, que siendo fundados muchos de los reproches dirigidos a los Estados Unidos, pecan de injustos en la misma medida en que «no tiene suficientemente en cuenta la parte de responsabilidad nacional en el subdesarrollo persistente y las dificultades presentes» (pág. 19); por otra parte, que pocos piensan en estos problemas y en sus posibles soluciones, a escala continental. Lo único que el autor encuentra con dimensiones de corriente continental es el interés por la revolución cubana. Esa revolución dirigida por Fidel Castro ha surgido, de manera más clara para los intelectuales y más confusa para las masas, como la señal que ilumina «un tercer camino», la vía

original de solución de los problemas comunes de la América pobre y explotada. Una vía, al menos así se pensaba por los que miraron con esperanza a Sierra Maestra, que sería trazada y construida a la medida de los problemas hispanoamericanos, con mentalidad americana, ni capitalista, ni comunista.

A lo largo de su recorrido por los países en que va deteniéndose, G. Friedmann tiene su atención despierta para captar cómo se sitúan estas corrientes de opinión. En Brasil encuentra, en general, a los estudiantes y a los profesionales, inclinados en sentido fidelista. Un general escepticismo acerca del peligro comunista, más producto de la lejanía y la ignorancia que de otra cosa, se compagina perfectamente con una hostilidad a los Estados Unidos nutrida de los reproches ya conocidos. Sobre todo éste: los Estados Unidos no han tenido sensibilidad para captar las necesidades de sus hermanos del Sur. En Argentina, el autor se siente impresionado por la desconfianza, sobre todo en los medios industriales, por la operación panamericana, sin duda como consecuencia de la *reprise* económica del país. Falta de solidaridad continental que choca con un estado de cosas que reclama concepciones amplias, superadoras de los propios intereses nacionalistas y mucho más de los grupos cerrados (industriales, bancarios, etcétera). En Chile, mayor comprensión para la operación panamericana, un cuidado término medio entre la tendencia al aislamiento y la tentación del liderazgo hispanoamericano. Pero el país acusa su esfuerzo por alcanzar la meta de mayor urgencia: la estabilización y el bloqueo de precios. Y presente siempre, el eco de la revolución cubana. También aquí como en el resto de los países, el autor acusa «la hostilidad a la importación de los métodos soviéticos, la preocupación por las soluciones originales, adaptadas al espíritu de las poblaciones y a los problemas específicos de las economías» (pág. 31).

Llegado a este punto, G. Friedmann se pregunta si será cierto, «como lo afirman buenos conocedores de los acontecimientos», que la Administración Eisenhower, por sus errores y torpezas, ha echado a Fidel Castro en los brazos de Jrushev. En la Conferencia de la O.E.A. en San José de Costa Rica, se pudieron ver clara-

mente cuáles eran las actitudes con respecto a la revolución cubana y a los Estados Unidos. Mr. Herter se aplicó denodadamente a levantar con la «Declaración de San José» una barrera de principios contra la infiltración comunista montada sobre la revolución de Castro. Le ayudaron los violentos discursos de Castro en La Habana y de Raúl Roa en San José. Perturbando la atmósfera de la reunión se cruzaban reacciones contradictorias. La pregunta consignada queda sin respuesta. El autor se limita a anotar: «Cuando, abandonando la sala de conferencias a la cabeza de la Delegación cubana, Raúl Roa gritó: «Los pueblos de la América Latina se van conmigo», su apóstrofe contenía una cierta dosis de simbólica verdad.»

Es en Méjico donde Friedmann creyó encontrar esto más justificado. El eco de la revolución cubana es allí más fuerte que en otras regiones del Continente. Se siente en todas partes, en las ciudades como en los rincones más apartados. En ese eco se señalan, ciertamente, reacciones encontradas. Quienes denuncian una revolución democrática corrompida por una despiadada dictadura que traiciona las esperanzas de todo un Continente. Pero también quienes ensalzan la obra de Fidel hasta ejemplificar en ella la revolución esperada y necesitada por toda la América olvidada. Los excesos del fervor revolucionario se absuelven con una apelación a la condición «tropical» de los hombres empeñados en la obra de la revolución. «Los intelectuales mejicanos—dice Friedmann—, en su actitud respecto de Cuba, me han parecido representar bien las corrientes de opinión democrática entre las profesiones liberales, los técnicos, estudiantes, militantes sindicales, del mundo latinoamericano.» Fascinación por un cambio de estructuras socio-económicas que se consideraba necesario, y que se cree hecho con una impronta americana indudable. «Una revolución auténtica en nuestra América», como titula Alfredo Palacios un artículo sobre la cuestión publicado en *Cuadernos Americanos*, y que el autor trae a colación repetidas veces. Pero oigamos la propia voz de Friedmann, observador cuidadoso, al final de este capítulo: «Estos profidelistas mejicanos, al defender a su héroe de ser comunista, insisten sobre la originalidad de su movimiento, el estallido de energía la-



tinoamericana de que, a sus ojos, es la expresión. De donde el velo arrojado sobre las tendencias marxistas de su hermano Raúl y de su consejero económico, el muy poderoso Ernesto «Che» Guevara; de donde el acento puesto sobre la influencia exclusiva de José Martí, la insistencia, hasta la reciente aproximación a la U. R. S. S. y la China, sobre la marcha lúcida, independiente, de la revolución cubana: sabe de dónde viene, lo que es y a dónde va. «Navega, declaraba Raúl Roa, sobre aguas limpidas y ha izado en su más alto mástil el pabellón de la estrella solitaria.» Y Friedmann cierra la cita con este comentario: «Bella imagen, pero que no corresponde ciertamente ya, hoy, a las realidades políticas» (pág. 38).

Dado el rumbo de los acontecimientos, importará, por tanto, saber qué es lo que piensan los idealistas del castrismo, los que saludaron la revolución cubana como la inauguración de la «tercera vía». Dada la orientación comunista tomada decididamente por la revolución de Fidel, ¿puede seguirse mirando su obra como la que señala la dirección salvadora, americana, de ese tercer camino? Hay un movimiento de detención, de enfriamiento, aun de repulsa en muchos sectores democráticos americanos. La tesis del autor es ésta: «La terrible lógica de la lucha entre los dos gigantes de la guerra fría parece haber aplastado, bajo su implacable mazazo, la «tercera vía» (pág. 41). Aquí está, a nuestro parecer, el fondo último del libro. G. Friedmann ve a toda la América hispana, con sus problemas acuciantes, con sus confusas ansias de libertad y autenticidad, con su falta de sentido continental, cogida, amenazada por la implacable lógica de una lucha en la que, en fin de cuentas, ella, como todas las regiones subdesarrolladas del globo, no es protagonista, sin poder por eso escabullirse del escenario de la contienda. Sobre ella, como en campo abierto, se abate la violencia de una disputa total, y aquellos problemas, ansias, necesidades a los que va unida la suerte, la emancipación espiritual de tantos hombres, se ven adulterados, modificados, encauzados en sentidos contradictorios, no pertenecientes a «nuestra América». El episodio trágico de la frustrada invasión de la primavera pa-

sada, que el autor alcanza a recoger en su libro, viene a fortalecer su interpretación. Contempla las posibilidades encerradas en el *New Deal* que Kennedy quiere actuar mediante su Administración en relación con los asuntos y problemas del Hemisferio. Pero vuelve a preguntarse—y la respuesta será, sin duda, la medula de su próximo libro sobre los países americanos—: «¿Va la ciega lógica de la lucha a impedirle (a Kennedy) ser el renovador de la democracia americana, el continuador de Roosevelt, como ha impedido a Fidel Castro serlo de José Martí?» Creemos que con esta interrogación queda bien precisada la posición del autor frente a la situación actual y, también, su visión de la «autenticidad» del primer impulso castrista.

Tal es la cuestión sobre la que Friedmann vuelve para cerrar sus anotaciones en el último capítulo—precedido de otro dedicado enteramente a la situación de los indios mejicanos y en el que se entrelazan sus observaciones directas con las contenidas en un trabajo del indigenista Alfonso Caso—, en donde confirma su impresión de que «la lógica de la lucha» ha cancelado—«arruinado», es la palabra utilizada—los primeros impulsos y esperanzas de una revolución auténticamente americana. Pero deja abierta una puerta a la esperanza de que en América se realice el cambio estructural revolucionario que las necesidades exigen, siempre que se den dos condiciones: que los Estados Unidos actúen como una gran democracia consciente y sensibilizada para lo que las circunstancias exigen en orden a la elevación de los pueblos americanos, y que las Repúblicas de mayor peso (Brasil, Argentina, Méjico) «comprendan que el repliegue egoísta sobre sus recursos, sobre su potencia misma, significaría para el Continente, en más o menos breve plazo, el caos y la tiranía».

Este sugestivo libro, lleno de atisbos interesantes, se completa con un apéndice estadístico de gran utilidad, que en realidad es el mismo, si bien puesto al día, del que se dió por el autor al final del primer volumen de sus *Problèmes d'Amérique Latine*.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

## RECENSIONES

*Latinoamérica más allá de sus fronteras*, San José de Costa Rica, Ed. Combate, noviembre, 1960, 126 págs.

En 1958 el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos decidió proceder a un estudio de conjunto de la situación del mundo en 1960.

Aprobada tal decisión y obtenidos los recursos necesarios, el Comité contrató con distintos institutos de investigación la elaboración de informes sencillos y completos, a fin de dar al Senado y a la opinión pública americana todos los elementos necesarios para hacerse una idea de los objetivos de la política de los Estados Unidos en el mundo actual, de la estructura del mundo presente y de las fuerzas que se mueven en él.

Pues bien, la materia referente a Iberoamérica se presenta en la publicación que traemos a esta sección.

Ella consiste en informes debidos a la Escuela de Asuntos Interamericanos de la Universidad de Nuevo México, al Centro de Investigaciones sobre el Desarrollo Económico y las Transformaciones Culturales, de la Universidad de Chicago; al Instituto de Estudios Internacionales, de la Universidad de Oregón, y a la Corporation for Economic and Industrial Research.

Los temas abordados son: 1.º Formación del pensamiento político iberoamericano (concepto hispanoamericano de su misión en el mundo y aspiraciones de Iberoamérica respecto a la dirección de su desarrollo político). 2.º La política iberoamericana antes de 1939 y en la postguerra. 3.º Las relaciones internacionales. 4.º Los problemas interamericanos (seguridad colectiva, perfil de la democracia, cuestión de la no intervención, etc.). 5.º Las relaciones con las *superpotencias*. 6.º El movimiento sindical. 7.º El movimiento obrero. 8.º La estructura fiscal. 9.º El desarrollo económico.

En un último apartado se incluyen distintos documentos relativos a Iberoamérica (entre ellos, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca).

\* \* \*

Las ideas vertidas en esos documentos encierran un subido valor: no sólo por las informaciones o las síntesis que aportan sobre los diferentes asuntos, sino por reve-

lar toda una serie de corrientes ideológicas orientadoras de la élite intelectual de los Estados Unidos y que, a veces, anuncian posiciones gubernamentales.

Su filosofía cabe resumirla, en la más concisa abreviatura, sirviéndonos de unos cuantos pensamientos clave. Veamos:

I) Hasta la segunda guerra mundial, en la mayoría de los países de Iberoamérica el poder político estuvo en manos de los mismos grupos institucionales y sociales de élite que habían dominado desde principios del siglo XX. Así lo afirma un *report* de la School of Interamerican Affairs.

Ahora bien, los autores de esa Escuela ponen de relieve cómo la conflagración desató fuerzas que hicieron cada vez más difícil el mantenimiento del *orden establecido*.

II) En el punto de las relaciones internacionales, la citada Escuela de Asuntos Interamericanos señala la circunstancia de que «mientras los Estados Unidos han insistido en considerar que la seguridad del Hemisferio contra la amenaza comunista debe ser el principal objetivo en una política exterior común», los iberoamericanos «se han preocupado más bien por sus problemas socio-económicos internos». Y ante la importancia de la ayuda militar en la política exterior de los Estados Unidos—y sus implicaciones internas—, se recomienda la promoción de un programa de desarme para Iberoamérica, y se explayan advertencias (dentro de la filosofía de la *democracia representativa*).

III) Se pone de relieve una evidencia singularísima de la existencia hispanoamericana: «A pesar de que las veinte Repúblicas iberoamericanas difieren mucho por sus problemas y por la energía con que tratan de resolverlos, todas están decididas a dirigir sus propios destinos mediante sus métodos particulares.»

Las estimaciones norteamericanas en este campo concluyen con una afirmación sobremanera significativa: «Hoy, el problema más importante de Latinoamérica, y aun en un futuro previsible, es la revolución social. Toda la zona se debate en la an-

gustia de un doloroso proceso de transformaciones sociales, económicas y políticas fundamentales.» (De ahí el interés de los informes acerca del movimiento obrero, de la acción sindical y del desarrollo económico.)

IV) En esta ruta, en el terreno de los problemas interamericanos, los Estados Unidos han de contar con una revolución social que acelerará su marcha, que ha de ofrecer nuevas oportunidades a la Unión Soviética para explotar esa «revolución de las esperanzas» y que ha de generar un indefinido período de tensiones de «guerra fría» en los parajes hispanoamericanos. (Ante tales circunstancias, se enfocan cuestiones como el aspecto militar de la política estadounidense para la América ibera y se recomienda el fomento del desarme en ella y la aplicación de la política de no intervención, por parte de Washington, «aun cuando pasajeramente hubiere de tolerar situaciones desagradables».)

V) En la esfera de la actuación soviética en las áreas iberoamericanas, un estudio de la Corporation for Economic and Industrial Research pone las cosas en su punto. Este documento recuerda que en «los últimos años la Unión Soviética ha estado intentando conquistar una posición de influencia y el prestigio de los Estados Unidos en esta región». Esfuerzo que ha ido en aumento en los pasados cinco años y que en el presente parece acelerarse.

El informe recoge las pruebas de esas aseveraciones: gestiones directas de la U. R. S. S. y de los «satélites»; acción de los comunistas locales; avances de la «ofensiva económica» (aunque ostenten un carácter limitado).

En ese documento hay un pensamiento tremendamente «realista»: «La población y el poder político internacionales de los soviéticos son hechos positivos que deben mirarse de frente.» Y el informe reconoce que las tensiones surgidas entre los países iberoamericanos y los Estados Unidos no se han debido, fundamentalmente, a la perturbación comunista, sino a otras causas (de diferentes temperamentos a distinta conducta política). «Los comunistas se limitan a explotar y a tratar de intensificar estos problemas fundamentales.»

Asimismo, se resalta cómo varios países iberoamericanos consideran, con cierta razón, que tales problemas se han complicado

innecesariamente debido a determinadas actitudes tradicionales de los Estados Unidos. (por ejemplo, políticamente, Washington da por descontada la simpatía de los Estados iberoamericanos hacia los estadounidenses, y concentra su atención en Europa, y cada vez más en Asia y en el Oriente Medio). En realidad—según advierte el mentado informe—, los Estados Unidos no han prestado suficiente atención a la América ibera, ni han comprendido bien sus difíciles problemas económicos, sociales y políticos.

VI) ¿Futuro? Fijémoslo de acuerdo con las ideas de los estudiosos estadounidenses.

Por un lado, se destaca que *la importancia del área iberoamericana en los asuntos mundiales irá en aumento en los próximos años, así como su peso en los organismos internacionales.* Baste ver que Iberoamérica es una región de rápido crecimiento demográfico anual. Hoy, la zona iberoamericana cuenta con 180 millones de habitantes. Pero se calcula que en el año 2000 su población pasará de 500 millones.

Por otro lado, *la región se debate angustiosamente en un laborioso proceso de transformación social, económica y política.* Y su problema de mayor importancia en la actualidad—y en un cercano futuro—es la realización de una revolución social que satisfaga los anhelos populares. Ahora bien, según el informe de la Escuela de Asuntos Interamericanos, los problemas de Iberoamérica son graves: más de la mitad de la población está insuficientemente alimentada; casi la mitad es analfabeta; la inmensa mayoría carece de propiedades—pues tanto la tierra como otros recursos se hallan concentrados en manos de unos pocos—; más del 50 por 100 del elemento obrero vive en una situación semifeudal que obstaculiza los programas de salud, bienestar e instrucción.

No es de extrañar que teniendo en cuenta la magnitud del problema planteado—«resolver la insatisfacción de las masas iberoamericanas»—, se nos asegure que «el período de transición será difícil». Frente a tal coyuntura, se despliegan reflexiones acerca del «orden tradicional» y se pone en guardia a la política norteamericana ante las consecuencias—beneficiosas para el comunismo—de una *errónea identificación de Washington con «el orden anacrónico tradicional»...*

\* \* \*

## RECENSIONES

Por supuesto, la *puesta en juego* es inmensa. Como decía recientemente monseñor Larraín, obispo de Talca (Chile), *la mayor necesidad de Iberoamérica es un mejor sentido de justicia social, un orden social y económico que permita a todos vivir en un nivel humano*. Y esto cuando—en opinión de Adlai E. Stevenson—una gran propor-

ción de los elementos progresistas y un gran sector de los jóvenes de Iberoamérica parecen impresionados por las realizaciones económicas soviéticas.

¡Buen momento para transformaciones económicas y sociales a escala humana!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

HORACIO ZORRAQUÍN BECÚ y otros: *Cuatro revoluciones argentinas* (1890, 1930, 1943, 1955), Ediciones del Club Nicolás Avellaneda. Buenos Aires, 1960, 121 págs.

Comprende este breve volumen las conferencias dictadas por los historiadores Horacio Zorraquín Becú, Enrique Ruiz Guinazú, Martín Aberg Cobo y Adolfo A. Vicchi dentro del ciclo promovido por el Club Nicolás Avellaneda, para presentar a la actual juventud argentina una serie de opiniones conservadoras sobre cuatro momentos claves en la vida del país.

El ángulo desde el que se llevó a efecto la contemplación de los hechos está claramente definido. «El conservadurismo—se dice en el prólogo, firmado por destacadas personalidades del Club—, como fuerza y como filosofía, es, en esencia, antirrevolucionario. El verdadero conservador, moderado y progresista por naturaleza, acepta, busca e impulsa las sociedades en el continuo evolucionar de la especie humana.»

En cuanto a la actitud adoptada por el conservador frente al acontecer, se señala: «Se niega entonces a tomar el camino revolucionario que en procura de tales cambios puede amenazar la base o fundamento sobre el que cree debe estructurarse la sociedad humana. De ahí que llegado el caso los conservadores opongan su propia revolución, combinando términos antagónicos, tendentes a restablecer un orden natural subvertido y según se hayan lesionado los derechos o libertades inherentes al individuo, a la familia, a la religión, a la propiedad y hasta al mismo Estado.»

De acuerdo con esa postura, del examen de las cuatro revoluciones se llega a las conclusiones de que dos de ellas «son netamente conservadoras: la de 1930 y la de 1955; hayan o no sido ejecutadas por partidos políticos que así se denominan y hayan tomado o no parte en ellas fuerzas o agrupaciones políticas que combaten las

ideas conservadoras y a los partidos y los hombres que las sustentan».

La de 1890 «es tan sólo una reacción contra los desvíos de una época romántica y enferma de crecimiento que deja ver los primeros síntomas de una crisis del sistema liberal y que, en definitiva, resulta un arma utilizada por el conservadurismo para lograr sus fines de estabilización».

Paradójicamente, la revolución que en 1943 acaudillara el entonces coronel Perón «es la revolución anticonservadora por excelencia, aunque en ella se combinen elementos de derecha y hasta conservadores, aglutinados por el engaño y la traición».

El esquema que preside el desarrollo del ciclo es en buena parte caprichoso, en cuanto que los hechos no son desentrañados en toda su intensidad y en cuanto que el ideal perseguido guarda una íntima fidelidad a lo que se ha llamado el «programa de Caseros». Es decir, adoración sin límites al pragmatismo de según de las «bases» de Alberdi y fetichismo de una Constitución que va a ser la de mayor duración cronológica de toda la América hispana, con su casi siglo de existencia.

Llama por eso la atención ver cómo se pasan por alto fenómenos que luego han tenido una singular repercusión en la historia argentina, y que al describir el período que circunda al año crucial de 1890 apenas si requieren otro interés que la mera anotación de pasada.

La década 1880-90, aparte de registrar las transferencias de mano de Avellaneda a Roca y de éste a Juárez Celmán, es un período de crecimiento y desarrollo, de expansión y de aumento demográfico. La acción política bajo la que gobierna Juárez Celmán tiene su justa correspondencia en

## RECENSIONES

el incremento de la vida económica en todas sus dimensiones. El país llega a caer en la bancarrota financiera, pero se han echado las bases a muchas de las fuentes de riqueza de la moderna Argentina. Crece la población y progresa la capital del país, que pasa de «la gran aldea» a la «cabeza de Goliath». De 1837 a 1839 entran al país 500.000 emigrantes. Con ellos se introducen las nuevas ideas sociales que han conmovido Europa y que dan lugar en 1890 a la creación del Comité Internacional Obrero. Junto con esta inmensa riada humana se va a iniciar el malestar social de las reivindicaciones, movidas en los primeros tiempos por los obreros extranjeros militantes en el socialismo y en el anarquismo.

La riada de la población nueva y de los negocios rápidos y florecientes tiene su repercusión inmediata. El país no está maduro para deglutir velozmente esa sobrecarga. Su esquema fundamental era el nacido de la Constitución emanada de Caseros en el orden político y social, y su economía descansaba sobre los empréstitos del exterior. La quiebra de la «Baring Brothers», de Londres, puede ser un dato para interpretar el malestar de esta época.

Considerar que tras los días de 1890 el conservadurismo logra una estabilización del país, equivale a un engaño transitorio. Con este criterio, Zorraquín Becú apunta la trascendencia del famoso artículo de Barroetaveña «Tu quoque juventud», como la chispa que enciende la reacción y remueve políticamente—en vísperas las elecciones nacionales—el ambiente del país, originando la creación de una veintena de clubs políticos, la puesta en pie de lucha de la juventud y la fundación de la Unión Cívica. Frente al «unicato» de Celmán, la oposición está en marcha. Nada importa que la revolución sea aplastada por el Gobierno. El destino de la situación está desentrañado en la célebre frase del senador Pizarro: «¡Señor presidente: la revolución está vencida, pero el Gobierno está muerto!»

El motivo que impulsa a la revolución no va a ser, como se ha pretendido por algunos, ni un reflejo de la lucha de clases, en que la pequeña burguesía es derrotada por la aristocracia terrateniente, ni tan sólo un intento para conseguir la libertad de sufragio frente a los manejos de la Liga de Gobernadores, ni el desquite de Buenos Aires de las imposiciones del interior. Sin

embargo, de los tres motivos hay algo, aunque resulte difícil establecer las proporciones de cada uno. La opinión mantenida por Zorraquín Becú se inclina por una preponderancia del último de los motivos citados, «la revolución del 90 es un alzamiento de Buenos Aires contra el interior, una especie de desquite contra la imposición del 80». Entendiendo que, en suma, fué una reacción frente a «una época romántica y enferma de crecimiento», es posible que se pueda centrar la causa de la crisis en el problema de la capital y su rivalidad con el interior. De todas formas, creo que es explicar muy poco las cosas, si se estima que de esos acontecimientos han pasado más de setenta años y el tiempo ha ofrecido ocasiones para demostrar que las convulsiones políticas y sociales son de origen más complejo.

Sin necesidad de llegar a nuestros días, la revolución de 1930—otra de las examinadas en el volumen que comento—es muestra de esa manera desproporcionada de juzgar la Historia, cuando no se conjugan la mayoría de los elementos proyectados sobre un momento concreto. Para el criterio señalado en la obra, la ilegalidad restauradora del golpe dado por el general Uriburu era más favorable para la República que lo que llama Ruiz Guiñazú la «semilegalidad» del radicalismo.

En 1912 se establece en Argentina una escrupulosa reglamentación del sufragio, mediante la Ley Sáenz Peña. Bajo esta regulación, en 1916, tiene lugar la elección presidencial más agitada hasta entonces. A través de ella llega al Poder un político que encarnaba la protesta nacional frente a los Gobiernos del fraude, la corrupción y la entrega. El radicalismo se encaramaba al Poder en la persona de Hipólito Yrigoyen, dispuesto a llevar adelante los propósitos de la «reparación nacional». Con el radicalismo ha entrado en escena una nueva fuerza política y una nueva actitud que todavía hoy no han sabido comprender los sectores conservadores argentinos, por cuyo motivo casi todas las explicaciones que dan de la historia patria resultan mancas y poco convincentes para explicar el proceso que el país ha vivido en lo que va de siglo.

Resulta muy difícil comprender que las nuevas fuerzas políticas, basándose en las posibilidades ofrecidas por la regulación electoral, adquieran una base popular de

tal amplitud que un día se vean impelidas a salirse de los cauces pretendidos por la democracia a la que juegan las oligarquías. Con semejante mentalidad es muy difícil explicarse la sucesión de Alvear y la reelección de Yrigoyen en 1928, que dió lugar a ser subtitulada «El Plebiscito», por la enorme diferencia de votos a favor del caudillo del radicalismo.

Como también resulta muy difícil reconocer que las actitudes de oposición al radicalismo desde el sector conservador sólo han servido para restar energías a una posible revolución nacional, capaz de restaurar las esencias tradicionales con la que se pudiera hacer frente a las convulsiones sociales de nuestros días. Prueba de ello es cómo ya en los días del segundo mandato de Yrigoyen se presencia, junto con el desgaste lógico del equipo gobernante, el avance progresivo del socialismo, sin que ninguna otra fuerza le salga al paso ni se destaque con posibilidades de futuro. La elección de diputados de marzo de 1930 consigna la victoria socialista con una mayoría de 109.000 votos y una pérdida del radicalismo de 70.000. Esto que se pretende alegar como símbolo de la pérdida del poder radical—que en parte es verdad—, no es posible tomarlo al pie de la letra, puesto que cara al futuro, y caído el radicalismo, las restantes fuerzas políticas englobables en el calificativo de «elementos de orden» no tenía otra salida que la reacción militar. Y a esto en buena doctrina no se le puede denominar revolución—como se dice en el prólogo del libro comentado—, sino simplemente contrarrevolución, con todo cuanto significa como dolencia en la vida política de un país.

«La facilidad del triunfo de la justificada revolución de 1930—señala Martín Aberg Cobo en la introducción al comentario que hace de la de 1943—dejó por lo pronto en el espíritu de algunos militares, así como de políticos afectos a merodear cuarteles, la idea de que el derribar Gobiernos no resultaba tarea difícil; despertando consiguientemente ambiciones de poder en quienes no podían llegar a él por medios normales, y haciendo retroceder, aun en mentes ilustradas, al fundamental concepto de la ciencia política de que la revolución es la «última ratio» a que puede, y hasta que debe, recurrir un pueblo cuando le han

sido cerradas todas las demás vías para hacer despertar sus derechos.»

El hecho que aceleró el proceso revolucionario fué, sin duda como muy claramente se señala, la proximidad de las elecciones que habían de tener lugar en febrero de 1944. Ante esa circunstancia, una nueva fuerza, que nada tenía que ver con los partidos actuantes hasta aquel momento en el juego político, hacía su aparición en la escena: el G. O. U. (Grupo de Oficiales Unidos), en cuya actividad tuvieron parte importante los coroneles Enrique P. González y Juan Domingo Perón. Si bien en sus comienzos este grupo actuó con una estrategia y unos procedimientos que hacían recordar bastante a los movimientos fascistas europeos, bien es verdad que al alcanzar el Poder ensanchó su acción, procurándose una amplia dosis de contenido social y de preocupación nacional, con lo que llevó a efecto una política de índole reivindicatoria en todos los órdenes. Si hoy se puede calificar de algo al régimen que durante algo más de dos décadas dirigió Perón, es de haber sido el primer ensayo serio de establecer en América una democracia social. Lo que es lo mismo, salvar las fórmulas democráticas, tan veneradas por la opinión hispanoamericana, mediante su acondicionamiento al signo de nuestros días; la inquietud por los problemas del sector menos dotado económicamente de la sociedad. Quizá sea por ello el que merezca, en opinión de estos pensadores de corte conservador, el calificativo de «Revolución Anticonservadora» ésta que tuvo lugar el 4 de junio de 1943.

En el enjuiciamiento de la cuarta de las revoluciones argentinas sometidas a examen, salta a la vista que la proximidad histórica de los acontecimientos y la participación que todos los argentinos de hoy tuvieron más o menos directamente, incapacitan para una serena reflexión. Más que la opinión predomina el dictorio; más que la materia histórica se hace uso de la sustancia panfletaria. De este modo, la visión que Vicchi presenta de la Revolución Libertadora del 16 de septiembre de 1955 apenas suministra datos de interés para el que quiera abarcar una porción del proceso histórico de un país. Señalar a la C. G. T. como «organismo sumamente poderoso, que actuaba para servir los designios oscuros del dictador», apenas es decir nada, cuando hemos presenciado la importante pape-

## RECENSIONES

leta desempeñada en la vida política efectiva de Argentina por dicha entidad sindical, y cómo ha sido menester pactar con ella para hacer funcionar el mecanismo político.

De todas formas, la obra encierra el interés indudable de ofrecer un testimonio actual de interpretaciones históricas prácticamente superadas por la más moderna, exigente y comprensiva actitud que se desprende de la corriente «revisionista»; desde la que la historia argentina se está em-

pezando a ver no en función de un sector detentador de la opinión y el poder, sino la historia como biografía completa de la trayectoria de un pueblo. Puesta en este trance la historia argentina, cada vez que se la preste atención habrá que verla no como fruto de la búsqueda de la verdad, ese término de difícil precisión para los humanos, sino simplemente como fruto de la claridad.

ANTONIO AMADO.

JAMES EAYRS: *Canada in World Affairs. October 1955, to June 1957*. Publicado por la Oxford University Press, bajo los auspicios del Canadian Institute of International Affairs.

El Instituto Canadiense de Problemas Internacionales ha patrocinado la publicación de un trabajo, debido a la pluma del profesor de Economía Política de la Universidad de Toronto, señor James Eayrs, en el que se estudia la política internacional de Canadá entre octubre de 1955 y junio de 1957.

La limitación, dos años escasos, del período que se estudió, se ve compensada por la exacta minuciosidad del examen; Eayrs ha hecho un corte biológico en la proyección exterior canadiense y ha estudiado al microscopio el fenómeno que se presentaba a su vista.

Todos los aspectos en que la personalidad de Canadá se proyecta al exterior han sido analizados; Canadá como vecino de Estados Unidos, Canadá como miembro de la Commonwealth y de la Alianza Atlántica, el papel canadiense en la guerra fría y ante un mundo neutralista afroasiático que desde Bandung cada vez pesa con más fuerza en los destinos mundiales. Mediante este análisis, que resumiremos, Eayrs intentó aislar y definir las líneas inmutables en las que la política exterior canadiense discurre. Aunque el esfuerzo es pesado, el método es bueno, ya que a través del detallado estudio de dos años de proyección internacional puede llegarse a los orígenes y causas de los actos en que esa proyección se concreta. Estas causas mediatas en general tienen larga vida y responden a las características más íntimas de la personalidad de cada nación. Por eso los dos

años que transcurren entre 1955 y 1957 son tan buenos como otros dos años cualquiera de la vida canadiense de la postguerra para saber lo que Canadá significa en el mundo actual.

El análisis de Eayrs dirigido a un público anglosajón que conoce en general bastante bien los problemas británicos y norteamericanos, podría, sin embargo, sembrar la confusión en el lector español, a quien es mucho pedir conozca la política exterior canadiense sin saber a ciencia cierta lo que es el Canadá.

Unas ideas previas y muy simples sobre el país permitirían, tal vez, comprender mejor su puesto en el seno de la comunidad internacional.

\* \* \*

Descubierto y colonizado por los franceses en el siglo XVII, fué incorporado al Imperio Británico en 1763 al término de la guerra de los Siete Años. Al lado de una población inicial francesa, se estableció un núcleo anglosajón expulsado de los Estados Unidos cuando este país conquistó su independencia. La convivencia de dos grupos étnicos tan dispares en lengua, cultura y religión se armonizó en una estructura constitucional que hace de Canadá, en 1867, una Confederación de diez provincias, nueve anglosajonas y una francesa. En un continente republicano, heredero espiritual de la ilustración y de la Revolución francesa, Canadá es un reino gobernado por instituciones políticas modeladas en las inglesas.

Los problemas específicamente americanos no le conciernen. Del hemisferio occidental sólo le interesa su relación de vecindad con Estados Unidos, y en el resto del mundo Canadá se ha adentrado de la mano de la Gran Bretaña o a través del vehículo de la Commonwealth, hasta adquirir, en los últimos tiempos, una fisonomía propia puesta de manifiesto principalmente en el cuadro de las Naciones Unidas y en el seno de la Alianza Atlántica.

\* \* \*

En los veinte meses que el autor examina, Canadá desplegó una intensa actividad exterior.

En Extremo Oriente tuvo que compartir con Polonia y la India y la penosa tarea de supervisar la aplicación de los Acuerdos de Ginebra de 1954 en un Viet Nam partido en dos por la guerra fría. Frente a China, Canadá, que está ahora vendiendo trigo a Pekín, reconoce, sin embargo, al Gobierno de Chiang Kai Check «como el del área geográfica de China, incluyendo China continental», declaración muy matizada y obligada en gran parte por la presión de la postura de Estados Unidos contraria al régimen comunista.

La posición anticomunista de Canadá, miembro activo de la O.T.A.N., es analizada por el profesor Eayrs al describir los contactos directos entre Ottawa y Moscú. En septiembre de 1955 el ministro de Asuntos Exteriores canadiense visitó oficialmente la U.R.S.S. En julio había tenido lugar en Ginebra la primera conferencia «en la cumbre» después de Potsdam, y parecía

que el hielo de la «guerra fría» se había roto. Las esperanzas de una mejora de relaciones entre Este y Oeste se esfumaron ese mismo año, y no conseguido por la U.R.S.S. el separar a Canadá de Estados Unidos, el viaje del ministro del Exterior canadiense no produjo resultados prácticos.

Tal vez los dos más interesantes capítulos del libro que se menciona son los que se refieren a la posición del Canadá en la Commonwealth y a las relaciones entre Ottawa y Washington.

Canadá ha trabajado activamente por una *Commonwealth multirracial, donde una filosofía unitaria y monolítica no se impusiera*, como algunos sectores «tones» del imperio pretenden.

Con Estados Unidos las relaciones son muy delicadas. El capital americano invertido en Canadá es inmenso (más de 11.000 millones de dólares); la frontera común sobrepasa las 3.000 millas. La penetración cultural a través de publicaciones, radio y televisión de Norteamérica en su vecino del Norte se realiza sin trabas.

Sin embargo, Canadá ha logrado mantener no sólo su independencia física, sino también su libertad de acción política, en un diálogo constante con Washington que a veces adquiere tonalidades agrias, pero que no se interrumpe nunca.

El trabajo de Eayrs es en la práctica un acta notarial de veinte meses de política exterior canadiense; para los interesados en la evolución de Canadá su conocimiento y manejo es fundamental.

FERNANDO OLIVIE.

LEWIS HANKE: *Modern Latin America, Continent in Ferment*, publ. por Van Nostrand Co. en la serie Anvil, 191 págs.

Lewis Hanke es un historiador bien conocido en España. Su libro *La lucha de España por la justicia en la conquista de América* ha sido traducido al español y publicado recientemente por Aguilar. Son muchos sus estudios sobre distintos aspectos de la colonización española, y es indiscutiblemente un miembro distinguido de la escuela americana de historiadores que más y mejor ha hecho por desterrar la leyenda negra. Ha publicado hace poco su libro,

muy esperado, *Aristóteles y los indios americanos*, y se dispone a la publicación de sus estudios sobre la historia de la minería de plata en Potosí y en el Perú colonial.

Ya tenía, además, en su haber Lewis Hanke el haber sido editor del *Manual de Estudios Latinoamericanos*, desde 1936 a 1940. Ahora, con este librito *La América Latina actual: un Continente en fermentación—o en ebullición*—(no sería adecuado traducir «en erupción», porque ése es el título del



formidable libro de Eudocio Ravines), ofrece un útil cuadro bastante completo de los países que van de México al Caribe, que incluye al Caribe «propiamente dicho» y a las naciones ribereñas del Caribe, como Venezuela y Colombia.

El libro comienza por estudiar la América Central, luego de una introducción donde se explica la entrada de Hispanoamérica en la escena mundial, así como el desencanto que allí se ha producido a la larga con la política del buen vecino. A la América Central la llama «subcontinente en crisis», y dedica a cada uno de los seis países una síntesis muy exacta de sus movimientos políticos, la orientación de esos movimientos, así como de los principales datos económicos, demográficos y culturales. El enjuiciamiento de hechos como el de Guatemala bajo la gobernación de Arbenz, es prueba de que el señor Hanke no quiere en modo alguno situarse frente a la opinión general de Hispanoamérica, en sus capas populares; su objetividad es, en este punto delicado para un autor norteamericano, prueba de su pericia de historiador. El desfile de los países centroamericanos termina con una nota sobre «el futuro de la América Central», que se apoya demasiado en lo histórico y deja la convicción de que la poca preparación cívica de casi todos los pueblos—excepto, quizá, Costa Rica—cohibe y obstaculiza el avance en forma considerable. Se reconocen los esfuerzos y rectificaciones norteamericanos, comenzando por los de la United Fruit Co.

De la América Central pasa Hanke al Caribe, y abre la visita con una pregunta que en España puede ser formulada así: Paraíso o barrio de chabolas? Subraya los contrastes de tierras ricas y masas pobres, de turismo de lujo y de agricultura deficiente; y aunque reconoce que en distintas áreas del Caribe se han efectuado cambios considerables, piensa que aún tiene razón sustancial Herbert Hoover, cuando siendo Presidente de los Estados Unidos calificó al Caribe como «barrio de chabolas», alberguería, hospicio... Sobre Cuba, la visión de Hanke no alcanzó sino a los primeros momentos de la llegada de Fidel Castro, y apoya en testimonios de Herbert Matthews, «el veterano experto latinoamericano del *New York Times*, sus opiniones. De Cuba pasa a La Española, enjuiciando los Gobiernos de Haití y de la República Dominicana en la forma habitual en que tratan los nor-

teamericanos la cuestión—espinosa por demás—de los Gobiernos hispanoamericanos que no gozan fama de «demócratas»; pero, aun así, los datos y hechos relatados por el autor son, por lo general, objetivos y ofrecen una información bastante buena sobre los países. Lo propio ocurre con Puerto Rico y con las otras áreas del Caribe pertenecientes a Francia, Inglaterra, Holanda, etc.

Del Caribe pasa a los grandes países: Colombia, Venezuela y Méjico, y ofrece las más amplias y mejor informadas secciones del libro. Mejor informadas, aclaremos, en cuanto a los datos, pero no en cuanto a la interpretación de los hechos. Los prejuicios políticos reaparecen, y así el juicio sobre el gobierno de Rojas Pinillas en Colombia es realmente sorpresivo para quien conozca la realidad dolorosa que vivió aquel país desde la muerte de Jorge Eliecer Gaitán hasta la ascensión al Poder de Rojas Pinilla. Esta manera de interpretar los hechos es la habitual en la mente norteamericana. Lo propio ocurre con el juicio sobre Venezuela, donde se presenta al Partido Acción Democrática como si nunca hubiera mantenido ciertas relaciones con los militares de la Junta. Pero una vez más los matices de la mente democrática del historiador no le impiden acumular muy interesantes datos y referencias, así como un juicio que está resultando exacto sobre el futuro del Gobierno de Rómulo Betancourt.

El estudio sobre México cierra la primera parte del libro en lo que se refiere al desfile de países. Hay unas observaciones muy agudas, a veces demasiado sutiles, sobre la realidad política de Méjico y su posición única en el panorama político de Hispanoamérica. Tras ese estudio vienen las conclusiones: que un Plan Marshall para Hispanoamérica no es suficiente y que de la conducta seguida por los hombres de inteligencia y de buena voluntad en la América dependerá que ese área del mundo se decida por la explosión o por la evolución. En general, los sentimientos y opiniones caen sobre el lado del optimismo, pues Hanke cree ver cambios muy desfavorables—«realignamientos de las fuerzas tradicionales»—, y aunque hace la frase «Colón fué el primer dictador, y Trujillo no será el último en el área incluida en este volumen», se siente inclinado a reconocer el progreso y el cambio sustancial que se va operando.

## RECENSIONES

El libro trae una segunda parte que es muy interesante, aunque menos informativa y menos «formativa» que la anterior. Es una analogía de breves ensayos, espigados en los escritos de sociólogos, artistas, pensadores, políticos. Desfilan: Germán Arciniegas, de Colombia, quien habla de la América visible y de la invisible; Gonzalo J. Facio, de Costa Rica, sobre la democracia latinoamericana; el ex Presidente de Costa Rica, José Figueres, explica lo ocurrido a Nixon en Venezuela, cuando escupieron a su esposa, y ofrece un testimonio muy importante para el pensamiento de América Latina; sigue el mexicano Jorge Castañeda, quien trata de la debilidad del panamericanismo; luego el Presidente de Colombia, Alberto Lleras Camargo, sorprende al mundo con un trabajo titulado: «La Organización de los Estados Americanos: un ejemplo para el mundo»; del señor obispo de Talca, en Chile, monseñor Manuel Larraín, se transcribe un hermoso trabajo titulado «La América Latina espera la acción de la Iglesia en favor de un programa de reforma social»; del gran pintor mexicano Orozco, un breve testimonio en de-

fensa del arte mural; otro mexicano, Daniel Cohío Villegas, ex director del Fondo de Cultura Económica, habla sobre el tema «Rusia, los Estados Unidos y la América Latina»; el eminente sociólogo brasileño Gilberto Freyre habla de que son esenciales la reciprocidad y el respeto mutuo; un norteamericano, William S. Stokes, tira una piedra en el lago denunciando que «algunos dirigentes latinoamericanos no quieren cambios tecnológicos»... y así, el historiador Lewis Hanke compone una antología de textos realmente eficaces sobre los diversos países y problemas de la América en ebullición. Hasta 35 son los trozos de lectura que expone, y además ofrece después una amplísima bibliografía, que llena varias páginas.

Un libro, en resumen, que es exactamente lo que se propone ser: manual, orientador, informante y alertador, sobre un trozo del planeta que está al rojo vivo en la actualidad y parece que va a seguir estándolo por mucho tiempo todavía.

GASTÓN BAQUERO.